

Sublimación y resortes de lo creativo*

*Los presentes volúmenes que están a continuación reflejan solo una parte del presente ensayo.



Ensayo sobre la sublimación*
Primera Parte
Hugo Monteverde

Del estatuto yoico en el proceso sublimatorio, al resorte creativo, más allá de la identificación.

"...Sólo mucho más tarde cobró el mecanismo, en nuestro espíritu o en el de nuestros padres, su sentido pleno, depurado, demudado, excluyente de cualquier otro sistema interpretativo. Reflexión ésta que nos permite comprender qué significa ser un precursor. No es, ya que resultaría absolutamente imposible, anticipar las categorías que llegarán después y aún no han sido creadas; los seres humanos permanecen inmersos en la misma red cultural que sus contemporáneos, y no pueden tener otras nociones que las de éstos. Ser un precursor es ver lo que nuestros contemporáneos están constituyendo con el carácter de pensamientos, de conciencia, de acción, de técnicas, de formas políticas, verlos como se los verá un siglo más tarde. Esto sí puede existir."

Jacques Lacan

Del seminario II, "El yo en la teoría de Freud y en técnica psicoanalítica." París
1.XII.1954

Introducción.

El silencio encontrable en nuestra comunidad analítica frente a lo expuesto con claridad desde las "Jornadas del tiempo" en 1993 en París y los sucesivos eventos del Campo freudiano, sobre **la dimensión pública del Pase**, nos ha hecho reflexionar sobre la necesidad de rearticular una teoría de la sublimación en psicoanálisis.

Esta emergencia sintomática, es aún más llamativa, teniendo en cuenta que nuestra posición deviene de haber escuchado este hecho más que inventarlo. Nuestra propuesta no hace más que retomar el intento público de algunos

analistas galos hablando de sus análisis, como síntoma de lo que nosotros denominamos **la dimensión pública del Pase**.

Comentamos en algún texto anterior:

"[...]Todos los que estuvimos en la memorable cita, que con motivo de los diez años de la muerte de Jacques Lacan organizó el *Champ freudien*, recordaremos el intento público de un gran número de psicoanalistas tratando de dar cuenta a cara descubierta de las incidencias más elementales del análisis realizado con Jacques Lacan."

"Es significativo por tanto lo que hemos observado en este último encuentro internacional de julio de 1994, Sobre la Conclusión de la Cura."

"Los A.E de la *École de la Cause Freudien* dieron en algunos casos, razón de los avatares de sus análisis y de la sistemática de su Pase."

"[...]Ambos eventos, realizados en el Palacio de Congresos de la ciudad luz, marcan a nuestro entender una trayectoria, donde **una dimensión pública del Pase** se nos revela como estrategia en una política del psicoanálisis."

Pero el que hayamos podido escuchar esta perspectiva, realizada por los colegas franceses y plantearla de manera abierta a nuestra comunidad bajo la indiferencia masiva como respuesta, en un primer momento, y en un segundo tiempo elevar el testimonio del Pase a una obligatoriedad por fuera de cualquier elección personal, nos ha hecho pensar no sólo en las profundas resistencias con las que nos enfrentamos, sino además sobre la necesidad de una teoría de la creación humana. Más aún, hemos comprobado, con el paso de los años, como la ruptura de cierto silencio con relación a la estructura del **Pase público**, denominado en la AMP "*El Testimonio*" siguiendo la denominación dada por Lacan, sólo se ha conseguido impulsándola desde cierto lugar que implica más al discurso del amo que al del psicoanálisis, ahogando todo deseo de saber.

Tal silencio únicamente podemos entenderlo como resistencia de un efecto de represión que consiste por el propio funcionamiento de la estructura más allá de las personas, aunque se refleje, se cristalice en un amo. Este mecanismo entraña la supresión de discursos en el entramado del lazo social y conlleva una forma precisa de represión no localizable en la palabra sino en trozos preposicionales que recrean un mecanismo represivo que encontramos en el intercambio simbólico de cualquier conjunto social y no exclusivamente en nuestro movimiento psicoanalítico.

Lo sublimatorio y sus relaciones con Tánatos se nos revela así como lo fundamental del objeto de psicoanálisis.

La obra de Jacques Lacan es, en definitiva, un trabajo en crear una teoría general en tal sentido. El Pase su ensayo de laboratorio cuyos resultados no son ajenos al completamiento de la obra.

El Pase, en lo que comporta de fin de análisis, es perfectamente pensable como resultado de un proceso sublimatorio.

Un psicoanálisis llevado a su término es el conjunto de una serie sublimada que ha podido establecer una nueva cadena sintomática, unos originales posicionamientos del analizante con relación a su destitución subjetiva y un renovado orden con relación al cercamiento de su goce. Todo ello dentro de las posibilidades de cada ecuación personal, como nos lo indicara Serge Cottet en el Encuentro Internacional de París, en 1994; y al cual se le ha prestado muy poca atención al obligar al nominado como Analista de escuela a dar testimonio de su análisis por fuera de un real deseo de saber en lo que se trasmite. Hay, por tanto,

en el verdadero fin del análisis, un sujeto preciso de la sublimación y a veces – seguramente en pocas ocasiones- una vocación en transmitir un testimonio válido al servicio del progreso del psicoanálisis.

No toda cura supone una articulación sublimatoria en sentido estricto, o para matizar la cuestión, no todo hecho sublimatorio comporta la misma relación del sujeto al valor. Discriminar las diferentes articulaciones de los procesos en el orden de lo creacional es un lugar esencial en una política del Pase.

No basta simplemente señalar el arribo a la ignorancia o el sinsentido en el final del análisis, sino el camino sublimatorio que permitió tal andadura.

Para decirlo de una manera clara:

¿Que estatuto sublimatorio es el más conveniente para resguardar los fines del discurso psicoanalítico y la función de analista?

O ¿qué estatuto creacional tiene el recorrido de un análisis en sus múltiples inflexiones?

El psicoanálisis, por tanto, es un tratamiento que implica la producción sublimatoria como principio de la cura, pero ésta comporta una variedad infinita en la particularidad de los casos.

Infinidad de recorridos y ¿no es esto lo medular de la transmisión clínica del psicoanálisis?

¿Cómo establecer, entonces, un marco que nos permita conceptualizar modelos sublimatorios en los fines de análisis?

¿Acaso los llamados freudianos-lacanianos no hemos precisamente repudiado con la mayor firmeza cualquier estandarización posible de las curas en oposición a la particularidad del caso a caso?

¿Es realmente posible evitar el encuentro con ciertas articulaciones universales en la llamada posición del analista?

¿La destitución del sujeto de supuesto saber no sería una de ellas?

El arribo a la ignorancia y al “pas de sens” ¿no serían universales, sin valor alguno, sino lo articulamos a lo particular de una andadura?

¿Cuándo apelamos al atravesamiento del fantasma, la destitución subjetiva y la caída de los ideales como límites que marcan la conclusión de una cura, nos referimos exactamente a unas generalizaciones que solo pueden particularizarse en función al recorrido realizado? ¿O acaso, no estamos mencionando lugares de una concepción ética general cuyo desarrollo y camino si ha tenido el sesgo de la particularidad del camino “caminado” en el caso a caso?

¿No debemos acaso dejar que sea el propio deseo del sujeto quien decida, que aporte quiere o no realizar?

Pero si cabe establecer estas relaciones entre lo general y lo particular de la experiencia analítica, no es menos cierto, para complicar aún más la teorización de nuestra disciplina, interrogarnos sobre qué es exactamente la naturaleza de lo producido en un análisis. Y si esta posible producción que supone la conclusión de un psicoanálisis tiene algún tipo de valor particular con relación a la universalidad propia de una determinada cultura.

Es decir, si dentro de lo particular de lo universal de una sociedad dada es factible ubicar al psicoanálisis como un valor de ella.

Sin duda, ella resiste.

¿Pero resiste ante el sujeto psicoanalista o su discurso?

¿Es en definitiva, el psicoanalista, un valor en sí? ¿O es preciso discriminarlo del propio discurso analítico?

Pero aún discriminando al sujeto del final de análisis del discurso psicoanalítico, éste, ¿qué valor posee para el propio psicoanálisis como obra sublimatoria de nuestra cultura tecno-capitalista?

Este sujeto llamado psicoanalista ya ha sido reconocido en nuestra sociedad, sus productos analizantes también, la IPA es ejemplo de ello, pero a condición de degradar su discurso.

¿Algo de esto puede sernos ajeno por el simple hecho de llamarnos freudianos, lacanianos o ambas cosas?

¿O cómo interpretar el silencio del que hacíamos referencia al comienzo de este trabajo? ¿O el de estandarizar los testimonios de análisis al ubicarlos como obligatorios de una nominación?

Al final del análisis hay una posición que es la de psicoanalista y como tal entraña una ética con un valor en la cultura.

¿No es acaso menos cierto, que el producto de esa posición ética, cierne a un sujeto que en cuanto a su estructura es equivalente al momento mismo de la entrada en análisis?

Las estructuras clínicas no varían con el análisis, el neurótico pernocta neurótico y el perverso continua en su perdido territorio. Con la ética otro tanto, el hijo de puta, categoría a agregar en la diagnosis psicoanalítica como nos lo recordara Enrique Pichon-Rivière, permanecerá cretino y el alma bella nunca alcanzará las cotas de la imbecilidad del cínico, aunque su "ley del corazón" lo arrastre al padecer.

En una palabra, la capacidad ética y la posibilidad creativa, esa ecuación personal de un sujeto que antes trajimos a colación, es la misma antes y después del despliegue de un psicoanálisis.

Una terapia analítica modifica posiciones del sujeto pero no su riqueza constructiva.

El psicoanálisis no interviene en la capacidad productiva, sólo puede organizarla al servicio del sujeto, en función del buen decir en detrimento de su sufrimiento gozante.

Un psicoanálisis llevado a buen puerto, le hace disfrutar del inconsciente, en lugar de padecerlo, pero no altera en la base las complejizaciones de sus producciones. Para crear, escribir o realizar cualquier empresa de valor, en el universo de la cultura, no es necesario realizar un psicoanálisis. Este simplemente, en el decurso de una cura, sólo puede modificar las relaciones de goce a una producción ya establecida en germen.

Entonces ¿podría afirmarse que lo que cuenta como valor sublimatorio no es el sujeto sino el discurso psicoanalítico al cual sirve?

Evidentemente sí.

Pero también cabría la pregunta:

¿La debilidad mental del sujeto es un incurable irremediable?

En definitiva, el psicoanálisis no está echo para remediar la estupidez. Y no todo sujeto esta hecho para aportar algo por haber finalizado un análisis.

El psicoanálisis sólo tiene valor como discurso más allá del sujeto. Más allá del particular sujeto que pueda sostenerlo o no.

Sin embargo, hay otra cara, ante lo más estúpido, cualquier orden de cura por más elemental que éste sea, supone igualmente lo sublimatorio.

Pues el psicoanálisis es en sí un valor de sublimación y por lo tanto es difícil trazar límites estrictos entre su teoría y su praxis. Lo mismo para con el sujeto en donde es dificultoso delinear las fronteras entre éste y el discurso que lo constituye. Se trata de saber, entonces, qué tipo de conocimiento se pone en juego en lo llamado didáctico de un análisis. Qué divisoria de aguas se pueden trazar entre el sujeto, el psicoanálisis en tanto tal y la sublimación. Cómo las particularidades se juegan discriminándolas del anudamiento general que supone una conclusión. Y al mismo tiempo qué tipo de producto hallamos al final y cuál es la diferencia en relación al principio del tratamiento.

De los saberes particulares que pueden existir a la entrada de análisis, que no sólo pueden existir, sino que es necesario que se registren para iniciar un psicoanálisis, qué conocimiento, qué tipo de sabiduría encontramos en el término de la cura. Las variantes en las salidas de análisis son posibles ante la presencia de una verdad invariante en su construcción, o sea a un saber general de la condición humana.

No existen varios saberes para nuestra disciplina, sino uno, el saber psicoanalítico en la ética del buen decir de la miseria del ser, aunque a éste se arribe en la particularidad de un recorrido analítico.

No hay dos saberes, o tres, o tantos como sujetos particulares que transitan un análisis, sino que hay un saber hacer general con esta miserable condición del hombre al que puede arribarse en la particularidad de los quehaceres propios.

El saber psicoanalítico no tiende a la multiplicidad aunque se trate de un conocimiento más allá del sentido. El quehacer en psicoanálisis es una articulación particularmente precisa sea cual sea el sujeto en cuestión.

Por otra parte, este saber, que comparte entonces las características de toda teoría general, no está garantizado por el simple hecho de haber realizado un análisis. Más aún, radicalizando los términos podríamos afirmar que el saber psicoanalítico es un conocimiento ético que muy bien puede estar presente al comienzo mismo de la entrada en análisis. Y por tanto el tratamiento psicoanalítico sólo desplegaría esa presencia en los términos de un automatón analítico, más allá de lo mental. Es decir, un saber de una determinada manera de gozar producida por un deseo inédito de escucha.

Al intento del suicidio del cuerpo, en toda verdadera entrada en análisis, se antepone el suicidio mental a la salida.

En una palabra, regularía el goce del sujeto para que éste pudiera adecuarse a la función analítica de la escucha clínica y operativa de una cura. Establecimiento de un nuevo orden pulsional que, en lugar de apuntar a la destrucción del cuerpo, es decir en lugar de su articulación mental, propone un no pensar en el automatón del funcionamiento discursivo, en la "extimidad" de una imago.

Pero, lo universal de una imago y lo particular de un significante, merecerán un conjunto de explicaciones que desarrollaremos en artículos venideros.

Por el momento nos atendremos a lo particular de un no pensar en lo universal de una imagen, o de un semblante.

Sin esa posición de entrada ¿podría validarse una formación como creadora de un saber verdadero?

Mucho me temo, que hoy por hoy, todavía no hemos podido pensar el psicoanálisis en un sentido restrictivo. En la restricción de su discurso más allá de los sujetos en cuestión, de los personajes encargados de soportar la transmisión del discurso psicoanalítico.

O en otras palabras, articular los particulares caminos de los diferentes países de los diferentes analizantes para encontrar denominadores comunes en esos diferentes recorridos.

De allí, para no llevar la política del Pase a la promiscuidad de un lugar para todos, de un testimonio generalizado, ni revertirlo en la cara opuesta de unos elegidos que ya de entrada poseen la ética necesaria, la conformación productiva adecuada que sólo habría que pulimentar en un análisis didáctico, es que se nos torna necesario una adecuada teoría de la sublimación.

Una teoría que articule la libertad de elección de un sujeto frente al deseo de saber. Es decir, de una teoría que nos permita pensar la producción psicoanalítica más allá de un determinado sujeto pero teniendo en cuenta los particulares caminos de la sublimación. En definitiva, como simple resultado de un funcionamiento general del agrupamiento imposible de analistas en una Escuela, y que por supuesto, en un momento puede su enunciado estallar desde un personaje particular y no por una estandarización generalizada.

Creemos que esta es la única política posible que preservaría los fines de la reconquista del Campo freudiano, es decir una estrategia de la intensión prevaleciendo sobre la extensión y las obligaciones de Escuela.

Sostenemos el reverso de la posición enunciada por Jacques-Alain Miller en la Asamblea General de la A.M.P, de 1994; al dedo de la muerte a la que el *Champ freudien* se halla sometido por los intereses del mercado, antepone el dedo de la sublimación.

En definitiva, una política de lo particular de un no pensar en lo general de un semblante de transferencia y al mismo tiempo visualizando los productos común intermedio que nos muestran.

Una teoría de la sublimación, es por tanto necesaria pues es lo que irrumpe en prima fase, en el Pase, como verdad de la producción psicoanalítica.

Lo que discrimina la particularidad del no pensar de un sujeto curado frente a lo generalizable de su imagen "semblántica".

Aquello que discrimina lo general de un semblante frente a lo particular de un significativo y de ahí a las verdades universales del inconsciente.

Lo que nos permite en definitiva mantener a distancia lo peor del padre, es decir su dedo mortífero, con la fuerza de la sublimación. Fuerza en definitiva de lo sublimatorio frente a la identificación del ideal de un maestro todo. La sublimación por tanto debiera ser una posición constante y necesaria para evitar que el ser caiga en lo peor.

Tal vez el único precario remedio que poseemos contra lo peor de nosotros mismos.

De lo conocido hasta la fecha sabemos de las diferencias que de tal concepto existen en Freud y Lacan. Mientras el primero discrimina sublimación de idealización, Lacan lo rearticula extendiendo el concepto sublimatorio al propio terreno de la idealización y la identificación.

Para sostener esto basta confrontar los textos de "Introducción al narcisismo", parte III, donde Freud separa las aguas de la sublimación como un proceso que se desarrolla en la libido objetivada y que consiste en que el instinto se orienta sobre un fin diferente y muy alejado de la satisfacción sexual; cuestión que contrapone con relación a la idealización en donde la hiperestimación sexual del objeto es una idealización del mismo. Así nos dice:

"[...]la sublimación describe algo que sucede con el instinto y la idealización, algo que sucede con el objeto, se tratará[...]" por tanto nos subraya, "[...]de dos conceptos totalmente diferentes."

Sabemos por otra parte que Freud sitúa la idealización en el orden no exclusivo de la pulsión parcial, mientras que la sublimación siempre es una desviación del fin pulsional perverso que no es del orden de la genitalidad.

En cambio Lacan, hombre más contemporáneo a Freud y con una dimensión más acertada, por tanto, de la metonimia objetal en la cultura capitalista, acerca la dimensión del objeto pequeño "a" a la propia articulación sublimatoria en su conjunto, borra la divisoria de aguas entre idealización y sublimación.

Borra diferencias entre perversión y neurosis introduciendo a la primera como rasgo de la segunda. Es decir, reintroduce las diferencias entre el objeto psicológico, objeto de consumo y el objeto de lo bello, es decir el de la cosidad. Cuestión en la que el lector podrá extenderse en el seminario de La Ética de Jacques Lacan.

Y donde se hallará el substrato teórico desde donde pensar la perversión como rasgo de la estructura neurótica en algunos casos o como adjetivación que completa un recorrido neurótico en otros. Es evidente que en la segunda posibilidad -cuando el adjetivo o rasgo perverso completa el recorrido de la estructura neurótica- la dimensión clínica se trasmuta de neurosis a la pureza de la estructura perversa.

Así la divisoria de aguas entre perversión y neurosis, idealización y sublimación, se desdibujan; mejor dicho se agitan.

A la rivalidad vital con el semejante planteada por Freud, Lacan sostiene el orden de una identificación primaria de orden mental. Es decir una identificación a *Das Ding*, que revela el objeto perdido del lactante, la succión del vacío, ejemplificada también en la llamada anorexia mental, y que la visión del gozo-celoso-envidioso del hermano señala como lo constitutivo de la relación a nuestro prójimo.

En una palabra el discurso articulado, sobre "La Cosa" a sublimar, del freudismo-lacaniano en una atenta lectura, muestra aún la borrosidad del concepto en tanto tal. Lo poco que hemos avanzado en su comprensión y en los simples términos que aún nos movemos en la explicación de lo fundamental de la creación humana.

Pensar al sujeto sublimatorio conlleva emprender una dirección hermética que desde siempre ha producido un halo de interrogante en los hombres.

Pregunta sin respuesta que se extiende en nuestra propia teoría psicoanalítica.

Sabemos que el inconsciente adulto no tiene que ver exclusivamente con la sexualidad infantil. Lacan se encarga de subrayar muy bien el hecho que la infancia, sus teorías sexuales, no son equivalentes al inconsciente humano como tal. Este ofrece una complejidad mayor que las simples coordenadas infantiles. Sin embargo, tenemos que reconocer que a lo que hace al concepto de sublimación no hemos sobrepasado el drama del lactante en su identificación agresiva en el vaciamiento. Cuestión que no se salda en la ejemplificación de la seriación de unas cajetillas de cerillas.

La cosidad, como propiedad de no todo objeto, no sólo es el vacío, o el cajón, sino la escucha que Lacan realizó y de la que no habló en sentido estricto.

La sublimación, es decir el proceso creativo, sea cual sea su naturaleza, siempre ha despertado lo intrigante de la cuestión, la imposibilidad de asir el núcleo del fenómeno fundamental en toda su complejidad.

La sublimación no sólo entraña la identificación vital al vaciamiento sino la escucha de lo cercado por ésta, por lo adulto inconsciente.

Hablar de Pase por tanto, no sólo está implicando dar cuenta de los avatares de un psicoanálisis, de lo que ordena una lógica de la cura exclusivamente, sino también de los resortes más íntimos de un sujeto y de lo que permite la producción del fenómeno sublimatorio.

En síntesis, del entramado de la producción cuyo pilar fundamental se articula a una escucha que da cuenta de como lo sublimado es posible de parir en la sublimación.

En una palabra, por qué vías se promociona el deseo de saber en un psicoanálisis; y ¿porqué no? en la vida misma.

Este halo interrogativo en la articulación de la sublimación, que en nuestra teoría se aposenta entre los conceptos de idealización, genitalidad e identificación mental al vaciamiento, es una cuestión que aún no ha hallado una acertada explicación y tiene su contrapartida en la propia historia de la cultura humana.

Tras el encumbramiento del sujeto, como artista renombrado, como novel científico o marginal poeta, el fenómeno sublimatorio no queda aposentado ni desde el producto, es decir el objeto, ni desde la idealización del creador, sino que marca una interrogación en una extraña relación que siempre se nos ha revelado fenoménicamente como versión marginal y sin importancia en el acontecer sublimatorio.

Este halo interrogativo tiene su expresión en la figura del mecenas, lugar, que no ha desaparecido en nuestra época sino simplemente cambiado su característica. Transformación que no ha sido indiferente a las leyes de producción de nuestro universo tecnológico. Del mecenas romántico del renacentismo a la frialdad bancaria de nuestros días, al lado de la creación siempre aparece esta figura del mecenazgo. Mecenazgo que puede manifestarse como sostenedor de los recursos materiales para posibilitar el trabajo del artista, pero que otras veces, bajo la figura del coleccionista sostendrá el reconocimiento de un producto ya producido.

De allí entendemos que Lacan, colocase al coleccionismo -verbigracia, seriación de cajetillas cerillosas antes mencionada- como forma sublimatoria, sin haberle podido otorgar una adecuada articulación con relación al propio concepto en sí.

La *Erscheinung*, la apariencia, el aspecto, la aparición de la Cosa, como propiedad del objeto que puede rememorar la cosidad del vacío, no sólo se explica por su forma de cajón o de jarrón alfarero, está además aquello por donde es escuchado. ¿O acaso es tan simple de oír lo bello en unas miserables cajetillas de fósforos? ¿La seriación de la chimenea a la puerta carece de importancia?

Es decir, hay que rearticular la dimensión mencionada por el mismo Lacan al señalarnos no sólo del cercamiento del vacío efectuado por las manos del alfarero en la construcción de la vasija, sino además su apilamiento en la inevitable caída.

Es decir, hay que reflexionar en el interjuego de la cosidad y Tánatos y de cómo esto se articula en una escucha que finalmente tiene una tendencia denegativa aleándose con lo más salvaje de la agresividad humana.

Por tanto en nuestro universo actual, como en los que nos preceden, sublimación y escucha contienen una relación intrínseca entre lo oído y lo producido, con el telón de fondo de la destrucción siempre posible.

Como afirmábamos líneas más arriba, la sublimación entraña algo más que esa identificación vital al vaciamiento que torna equivalente a algunos objetos aptos para la sublimación por su formato de cajón, también está lo escuchado de cómo

ese cajoncito este cercado por lo inconsciente; cernido por el retorno *après-coup* de Tánatos. Sostendremos la premisa de que no es posible una sublimación sin una escucha -es decir un oír, que bien podríamos adjetivarlo de verdadero en tanto nos conduce a lo real del instinto de muerte.

Verdadero, pues aparece igualmente como denegación, es decir como rechazo de lo escuchado. Estatuto de segregación que a veces puede desembocar en violentas respuestas en actos, diferente al simplemente no escuchar.

La sordera siempre ha significado a través de los tiempos la mayor degradación del ser, pero ésta no siempre es de la misma naturaleza.

No hay sublimación que no entrañe una escucha pues es la que fija los términos del *après-coup* retroactivo de la creación.

En otro orden de cosas y por estar precisamente implicada la escucha en toda creación hay algo de apócrifo en toda obra, pues todo producto nuevo implica el escuchar una anterioridad y al mismo tiempo un oír posterior que lo revela como diferente. Más aún, cuando muchas veces, nos enteramos de las fuentes de un autor, nos quedamos pasmados ante las semejanzas de unos productos que suponíamos del todo originales para el último de los creadores. Algo de esto se observa, por ejemplo, entre Freud y Le Bon, en "Psicología de las masas" para no ir más lejos. La dimensión del plagio siempre está presente en mayor o menor medida en toda obra.

El plagio no es más que el intento de apilamiento de la vasija y que nos conducirá a la inevitable caída.

En el ejemplo de las cerillas, lo viejo, lo único coleccionable por aquellos años de guerra en Europa, donde Tánatos campeaba a sus anchas, propone no sólo el cajón como lo apto, no únicamente la serie como necesaria, sino también la escucha de su cercamiento antes de poder producirse en su plagiaría cosidad que se hallaba determinada por el mismo instinto de muerte.

Por tanto, insistimos, no hay sublimación que no implique el oír, en tanto que éste conduce al reconocimiento social del producto. Y toda escucha se halla determinada por la irrupción del instinto de muerte en el *Dasein*.

Al mismo tiempo cuanto más inmediata es esta escucha afirmativa, este reconocimiento social, más cercano de lo plagiarío se encuentra lo realizado.

El reconocimiento instantáneo de una obra siempre es un índice de desconfianza sobre la validez de la creación, lo cual no deja de tener consecuencias en nuestro mundo, verbigracia, para el mencionado "séptimo arte", y no digamos en lo instantáneo de la llamada "cultura televisiva".

Lo que en la obra creativa se juega es un reconocimiento contemporáneo en los términos retroactivos de un espacio de producción o el horizonte de un futuro donde la retroacción discursiva es posible al haberse completado la irrupción de un nuevo discurso. Y es verdad que unas obras parecen más adecuadas a la contemporaneidad del reconocimiento del otro que otras.

Es indudable que, en la dificultad en la aceptación social de una obra, es decir su escucha a través del rechazo, muchas veces se vislumbra la ausencia de significantes nuevos que no permiten una acomodación adecuada de lo sublimado a su momento histórico.

Cuando una obra está muy adelantada a su tiempo es difícil que su autor logre efectivamente algún tipo de reconocimiento social, pues faltan los eslabones discursivos intermedios que faciliten un oír afirmativo en el lazo social. Esta es una manera en que puede articularse la resistencia inconsciente al progreso.

Cuestión que en esencia no describe la falta de un significante, sino la ausencia de un despliegue en la combinatoria de la cadena discursiva por falta de productos sublimatorios en tal sentido. Esto produce la no-existencia de discursos intermediarios que no le permitan al vulgar neurótico escuchar lo que está fuera de su tiempo histórico. A tal punto esto es así, que para muchos hasta les es difícil escuchar la cultura de su pasado más inmediato, pues la cadena discursiva constituyente de un sujeto no supone al hegelianismo, es decir a un reservorio intercultural de todo lo producido por la humanidad.

El ser humano sólo es un fragmento cultural de una época, y esto en el mejor de los casos ya que la gran mayoría ni siquiera tiene las herramientas básicas para escuchar su propio tiempo. Enfoque, este último, que muy bien podríamos ejemplificar con las segregaciones de goce de nuestra "modernidad", es decir con el propio fascismo, fenómeno que en cuanto tal destituye al sujeto del orden de la palabra para destruir en acto todo aquello que le es ajeno a su pobre cadena discursiva. Es verdad que la hipocresía política de las llamadas democracias occidentales ha catalogado el fascismo como un fenómeno entre los vectores del atentado contra la vida de las personas en formas más o menos masivas; pero esto no es más que la fase terminal de un fenómeno muchísimo más profundo y que precisamente hallamos su germen contemporáneo en la llamada pluralidad cultural del viejo continente. Pues es esa pluralidad precisamente la que se reclama un denominador común, frente a todo lo excluido entre ellas mismas. Ayer fue el nacional socialismo y hoy es nuestra democrática comunidad, en las constantes segregaciones culturales a las que se entregan tan encantadas tantas ciudadanías. Es allí donde encontramos "el huevo de la serpiente", lo salvaje humano de la agresividad constitutiva.

Pues es el padre común, ese que hoy por hoy asume en Europa la figura del derecho, el comercio y el estado del bienestar, aunando bajo su económico brazo la unidad homogénea de todas las diferencias.

La segregación de goce, es por tanto el resultado de una sordera constitutiva del ser, tanto en su nivel intrínseco como plural, ocasionada por la ausencia de cadenas discursivas intermediarias que impiden la escucha afirmativa de las eyecciones sublimatorias de la pluralidad cultural y su heterogeneidad de goce. Así toda reivindicación particular siempre toma el sesgo nacionalista a la espera de un proyecto común con otras particularidades que puedan simplificarse frente a un denominador paterno común.

La búsqueda de un padre homogenizador, que proteja de lo que falta para poder escuchar, es la demanda implícita ante cualquier reclamo en la defensa de un ideal. Lo peor del padre estriba precisamente en que su lugar reprime como tal los posibles vacíos discursivos presentes en todo sujeto.

Reprime no ya la falta del sujeto, o su posición escindida, sino que lo peor se ubica en tanto encubre lo que *está* presente en toda cultura sujetadora de sujetos, la necesidad de establecer vacíos discursivos para afirmarse en el ideal. Vemos así entonces lo sublimado de la cosidad, la escucha que lo determina y a Tánatos como los elementos esenciales en una dinámica de oposiciones que debemos articular en una teoría consistente de la sublimación.

Proponemos por tanto abrir la vía de una teoría de la sublimación que traspase las coordenadas exclusivamente del significante y articule cadenas de discurso confrontadas a la escucha y el *après-coup* del instinto de muerte.

Creo que es una tarea política elemental en nuestra praxis tanto clínica como teórica.

Es por tanto, que si en la estructura psicótica articulamos el concepto de *forclusión*, en torno al significante ausente, no inscrito -cuestión también aplicable, desde un sesgo muy diferente y que desarrollaremos en otros textos, a ciertas formas alucinatorias visuales en las neurosis llamadas graves- es con relación a nuestra posición en referencia a la falta de eslabones intermediarios en el discurso que apuntamos a una articulación absolutamente diferente a pesar de sus semejanzas imaginarias con el funcionamiento de la *Verwerfung* en el campo de la alucinación y que Freud extrajo tan brillantemente del "Hombre de los lobos".

En nuestro caso lo *forcluido* no hace referencia al significante sino a los trozos de discurso que pueden faltar como producto sublimatorio en un determinado entramado social.

Trozos de discursos faltantes, pero que determina en su vaciamiento un estatuto muy especial de la falta, es decir ubicable en lo real mismo en tanto siempre podrá irrumpir y muchas veces como por fuera de lo simbólico.

Porción discursiva que podríamos categorizar con el neologismo "ind desplegado", no-desplegado.

Forma de la represión en el ámbito de la combinatoria discursiva producida por el propio funcionamiento de la estructura del lenguaje, marcando lo excluido que aún por no estar devenido permanece ausente y ajeno en la constitución del sujeto, es decir equivalente a la cosidad producida por el vacío, aunque lo constituye en sus posibles enunciaciones desde la exterioridad estructural. Es decir lo discursivo no desplegado de la estructura es por donde ésta se anuda, en definitiva, discurso no-manifiesto en su devenir, ausente, pero presente en la sujeción como vaciamiento. Cuestión que el psicoanálisis ha podido visualizar mostrando que si la salida de un tratamiento analítico es equivalente aunque no idéntico al lugar de su entrada, entonces todo el discurso que debe producirse para arribar al final ya está determinado por esa entrada antes de su despliegue; presencia que aunque no haya advenido aún se encuentra excluida del sujeto, en la equivalencia a un vacío primordial, pero no indeterminada en su única producción preposicional posible si llega a desarrollarse.

Esta producción preposicional, es decir este trozo no desplegado de discurso y que ocupa la exterioridad del sujeto como algo más que un simple eje paradigmático, hace referencia no tanto a una materialidad concreta en el orden de aparición de una determinada cadena de significantes sino más bien a lo que una particular modalidad pulsional puede consistir como estilo en las leyes del discurso.

Es decir el discurso no desplegado y que efectivamente se organizará en su irrupción a través de unos determinados significantes reprimidos hace referencia a la secuencia de un goce más que a la de un sentido por un determinado orden significativo.

El orden significativo se halla sujeto al azar, no así la modalidad del viraje del goce que no está desplegado. Es desde este ángulo que debemos pensar nuestro discurso "ind desplegado"

Se ve así a nivel de la estructura discursiva una dislocación supradeterminada entre lo enunciado y lo que está por enunciar, fractura entre enunciado y enunciación, por donde se muestra como lo dislocado sujeta a la estructura, determinando así un goce actual y uno por advenir. Lugar además donde lo no

desplegado del discurso determinado en su advenimiento muestra en la equivalencia de su vacío presente el horizonte del objeto "a".

Es decir, que frente al sentido jurídico de recusación del significante en el término *Verwerfung*, antepone el geológico presente también en esa palabra alemana. Es así, que para evitar mal entendidos semánticos en lugar de hablar de una *Verwerfung* para el discurso en el sentido de un dislocamiento del mismo ante sus porciones no desplegadas hemos preferido hablar de un "indesplegado", es decir no desplegado.

Se marca así entre lo que se halla desplegado -enunciado- y lo no desplegado -no enunciado- una dislocación fundante del propio funcionamiento del discurso con relación a los posibles virajes del goce.

Así al final del análisis en el recorrido particular de una cadena significante arribamos a un cierto universal de goce que determina la posición del analista, su particular deseo.

A este universal de goce pudiendo determinarse en una cadena preposicional de un decir que apunta a un deseo de escucha inédito en la historia del hombre es por donde articulamos el estatuto de la materialidad del discurso "indesplegado" para pensar el estatuto de la sublimación.

Que el no-conocimiento de la ley no disculpa su no cumplimiento, es una respuesta ética elemental del saber inconsciente de los pueblos de lo que aquí desarrollamos y que trata de poner coto a su propia brutalidad, producto de la permanente dislocación entre enunciado y enunciación.

Punto al mismo tiempo por donde deberemos dar cuenta de una teoría de la sublimación en el orden del discurso, pero articulándose igualmente a los fundamentos mismos del significante, es decir de lo particular del inconsciente a su anudamiento general.

El inconsciente como tal es fundado desde la metaforización de la función del padre.

Es decir, por tanto, que su resultado como fracaso en la ecuación es el despliegue del inconsciente en términos sublimatorios al final de un análisis su lógica conclusión.

A modo de corolario subrayaremos:

Primero. El despliegue del inconsciente en términos sublimatorios, en el campo específico de la práctica psicoanalítica, supone lo que hemos denominado **la dimensión pública del Pase**. Esta se nos presenta no tanto como un dar cuenta de un final de análisis bajo los auspicios de una nominación de Analista de Escuela, cuestión que de ninguna manera se excluye a igual que el de supervisar la cura en los carteles del Pase, sino más bien como una estrategia que más allá de los avatares institucionales produzca un verdadero avance en la producción teórica del psicoanálisis. Posición que sólo deberían además sostener aquellos que así les apeteciese.

Segundo. Creemos que hoy por hoy, ese despliegue teórico debe producirse, en nuestra disciplina el psicoanálisis, en torno al concepto de sublimación. Tarea política esencial en nuestro quehacer de psicoanalistas frente a todas las formas de segregación de goce. Deuda, en definitiva, que el discurso psicoanalítico tiene contraída con el malestar en la civilización. Único lugar por donde podemos encontrar la singular puerta de salida para matematizar nuestro saber como articulable a la ciencia -con todas las dudas que tal afirmación entraña, pues es

algo a demostrar en una praxis, que hoy por hoy, no existe en ninguna escuela de psicoanálisis.

Tercero. La articulación primordial de la que debemos partir para una teoría de la creación humana presenta la siguiente estructura; por un lado, el vacío encontrable desde el objeto perdido de la satisfacción que conlleva a una identificación primordial de una estructura de vaciamiento que establece una búsqueda de la cosidad. Por otro, lo ausente de la cadena discursiva no desplegada, en la extimidad de la estructura del sujeto con relación a los únicos virajes posibles en su goce y por donde encuentra el horizonte del cercamiento "topológico" del objeto "a". Y finalmente, equivalencia entre el objeto "a" como cosidad del vacío y el discurso no desplegado que al advenir al yo como objeto producido en esa igualdad, pero ahora en lo consciente, establece lo que denominamos sublimación.

Cuarto. En esta terceridad, señalada en el punto anterior agreguemos a Tánatos para ya encontrar la estructura cuaternaria de la que tendremos que partir para producir una teoría de la sublimación en lo humano.

* Trabajo publicado en los Cuadernos andaluces de psicoanálisis nº 16; 1995.



Ensayo sobre la sublimación*
Segunda Parte
Hugo Monteverde

Del estatuto yoico en el proceso sublimatorio al final de la cura a la dimensión pública del Pase.

I

Creemos que para bordear el concepto de la sublimación humana se debe, antes que nada, dirigirse directamente al estatuto de la mujer en el psiquismo.

En tanto todo ser humano ha sido hijo de una mujer, ésta posee en el ámbito estructural la articulación central de todo lo que se desarrolla en la naturaleza del hombre.

Así, el niño, el hijo, no sólo articula la femineidad en los términos de la ecuación pene-igual-niño, sino conjuntamente el corazón mismo del ser, es decir, todo el desarrollo que de lo infantil arriba a la clínica del sujeto adulto.

La disímil sexuación en uno y otro sexo, por otro lado, no es ajena completamente al concepto de la sublimación, en tanto que la sexualidad es el resultado de un amplio proceso psíquico que se ubica más allá de una simple maduración gonadal como muy bien lo ha demostrado el psicoanálisis.

Si bien es cierto que, de alguna manera, el mismo Freud trataba de ubicar la articulación sublimatoria por fuera de la pulsión genital -reservando el territorio de la creación humana a los anclajes de la pulsión parcial- es decir, insistía en ubicar la sublimación más allá de las diferencias anatómicas en lo concerniente a una genitalidad, no es menos cierto que Lacan nos señala con toda pertinencia la existencia de un discurso macho y uno hembra. Así, no es descabellado el plantearse qué tipo de articulación debe ser pensada entre lo masculino y lo femenino del discurso para la comprensión del concepto de la sublimación. Por otro lado, es innegable el estatuto inspirador que la figura femenina ha despertado en poetas, pintores y artistas como lugar a sublimar en sus producciones. La mujer ha estado en el lugar de agente de una gran cantidad de discursos y obras creativas.

Verbigracia el amor cortés es el culmen de esta ejemplificación.

Podríamos decir como comentábamos en nuestro anterior artículo (Parte I), que la forma de cajón o caja comentada por Lacan como lo apto para la sublimación se encuentra en la mujer, o que ésta, siguiendo nuestra reflexión con relación a la escucha, presta un particular arquetipo del oír que al poeta le ha servido siempre irremisiblemente como fuente inspiradora de sus versos. Escucha que no invariablemente ha conseguido hacerse entender con acierto, pues se revelaba insuficiente a lo que le retornaba como respuesta de lo real. Gran parte de las veces, a tan maravilloso objeto inspirador de sus versos, se contrapuso la sonrisa "giacondina" de la fémina.

Y es que el mismo discurso científico no escapa a esta pretensión del poeta, es decir, de excluir las necesarias diferencias que entre uno y otro sexo existen en lo real del saber de la ciencia; pretensión que se despliega igualmente no sin cierto ridículo a través de la historia de su discurso. Que la reproducción asistida, los desarrollos de la genética y todo el devenir de ese campo tenga como acento el lado femenino no es una mera necesidad científica.

Nos parece al mismo tiempo que la fémina es un lugar de excepción, en torno a lo creativo.

El propio discurso médico muestra su afectación a lo femenino en sus prácticas delirantes y cuasi paramédicas en sus prescripciones hormonales y quirúrgicas en relación a las transexualidades, sin poder comprender que la demanda de cambio de sexo, en el mejor de los casos, se articulará como suplencia exitosa a una psicosis muchas veces silente.

Que la mujer ha ocupado un estatuto diferenciado en la producción de la cultura humana, esto es un hecho incuestionable; y sólo con el advenimiento de la ciencia, con la supresión del sujeto en la reflexión del saber, con la llegada de un universo calculable donde el mecanismo revela la esencia de las cosas, es lo que ha permitido un ingreso aparentemente a la par, homeomórfico de lo femenino con lo masculino. Y con la tendencia innegable de un discurso social tendiente a la equiparación y velamiento de las diferencias de lo masculino y lo femenino. Pero es fundamentalmente en el universo de la ciencia y con el advenimiento de ésta que la mujer logra como sujeto una existencia precisa y a la par que la del

hombre a nivel de la producción de este discurso, con todos los efectos que, hoy por hoy, observamos en nuestra modernidad.

El lugar de progreso social alcanzado por la fémima en nuestro mundo contemporáneo es indudablemente un punto de progreso irreversible y cuya etiología hay que buscarla expresamente en el despliegue del lenguaje científico que suprime al sujeto en su saber.

Es precisamente con la llegada de un cálculo que suprime al sujeto que la mujer toma consistencia en la producción manifiesta del discurso y fortaleza en la producción de los vínculos sociales en el ámbito de la producción de la cultura, es decir ingresa en la política y en la dirección de lo económico.

Estos son hechos constatables y necesarios de articular en una teoría de la sublimación humana.

Creemos que, en este sentido y por todo lo expuesto, el lugar de la mujer ofrece una articulación muy precisa en torno a pensar el estatuto de la creatividad. Cómo lo macho y lo hembra de un discurso se anudan en la producción de nuevos sentidos.

Por otro lado nos entrega el horizonte de un paradigma histórico que va desde su lugar como transmisión en el centro de la estructura a su lugar colateral en la producción misma en la contemporaneidad. No hay que olvidar que la universalización de lo humano es un hecho reciente, también producto del discurso científico y donde la mujer ocupa un nuevo estatuto irreversible.

Tal articulación, entre lo femenino y lo masculino, implica un lugar privilegiado y especialmente ejemplificante en las diferencias de las posiciones de goce en la creatividad.

Haremos, por lo tanto, una pequeña escansión antes de desarrollar el concepto.

Implementaremos para esto una ejemplificación clínica, que es el historial que Sigmund Freud nos presenta bajo el epígrafe del "Análisis de la fobia de un niño de cinco años"; es decir, el caso conocido como del pequeño Hans. Y hablaremos en especial de la posición de su madre, de como lo femenino se articula con lo macho en la estructura "familiar".

Nos parece que tal historial psicoanalítico muestra, de manera colateral, un lugar específico con lo que tiene que vérselas una mujer; costado sin duda inquietante para los hombres.

Todo el Seminario IV, dictado entre los años 1956-1957, creemos que abordan este lado que en primera instancia se presenta como lo tenebroso en el corazón del discurso falocéntrico de la masculinidad, en tanto todo hombre es hijo de una mujer. De esta manera entendemos la máxima lacaniana que sobre el caso de "La joven homosexual" nos brinda Jacques Lacan en el citado Seminario; al poco de comenzar el apartado dos del capítulo "La primacía del falo y la joven homosexual" nos comenta:

"...Por mi parte eso.." El "eso", hace referencia a lo incierto y salvaje de ciertos freudianos, "[...]me ha incitado a traerles aquí uno de los textos más brillantes de Freud, incluso diría uno de los más inquietantes, aunque tal vez les parezca arcaico, hasta pasado de moda." "*Es Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina.*"

La ironía de la frase en cuanto a lo arcaico del texto nos parece absolutamente evidente, sobre todo si la superponemos con el ejemplo vertido en el mismo seminario sobre el marido congelado en la nevera y fecundador espermático, una

vez muerto, por obra y gracia del discurso de la ciencia en el inquietante universo del nombre del padre en el deseo femenino.

Recordemos que el caso de la joven homosexual, tal como nos lo presenta y amplía Jacques Lacan en su presentación en el Seminario IV, refleja el problema de la envidia y el odio en el corazón femenino. Subraya como una joven aparentemente normal, marchando por los cánones establecidos de su época, con sentimientos tiernos hacia un bebe, un pequeño niño hijo de una de las relaciones de esta familia, al que cuidaba y mimaba con esmero y profundos sentimientos maternales por su parte, se trastoca en el momento del nacimiento de su propio hermano. La estructura vira a su reverso y transformándose en una pseudo-lesbiana -como corresponde siempre a esta patología femenina- una gran rivalidad se instala con su padre, tratando de producir en el seno de su familia la mayor de las decepciones, y finalmente produciendo un serio intento de suicidio por el amor que reclamaba a la dama, la "cocota", de la que anhelaba intensamente los más profundos sentimientos de cariño. Este caso es realmente inquietante, pues muestra de un sólo golpe la esencia del corazón femenino, lo que se esconde detrás de los sentimientos maternales. Aparece la mujer de Jasón, dispuesta por despecho a las mayores atrocidades hasta con su propia prole. Creemos por lo tanto que la frase antes citada del Seminario IV, que nos particulariza e introduce el citado caso freudiano, trata de abordar un problema general y que esta temática se refleja en la variedad clínica que presenta dicho Seminario y en especial en su extensa reflexión sobre los capítulos que presentan el historial del caso de Juan.

Algo trata de comunicarnos Lacan del corazón femenino, y ese algo nos es de naturaleza amable para el hombre, pues es una especial posición de la mujer frente al discurso humano, a su maternidad, a una ubicación en definitiva que como nos revela la frase expuesta resulta inquietante para nuestra especie. Los hombres tan acostumbrados a elevar a sus padres al mayor de los ideales, o sea a los límites mismos de lo peor; no sólo por la entronización de las variadísimas formas del fascismo siempre inevitable en el estado de derecho, sino además por todas las reivindicaciones provincianas, o las preservaciones obsesionales de minúsculas diferencias tan observables últimamente en este fin de siglo. No son más que los reflejos de siempre, con los que la humanidad ha teñido con sangre sus propias taras narcisísticas, se encuentran aquí con una barrera que la mujer coloca de manera inquietante y aún más salvaje.

Los consacrales lazos familiares que fundamentan toda la panoplia de lo peor hallan, en el alma femenina, un límite si se quiere aún más tenebroso. El deseo decidido, tan incuestionable en la lógica de la masculinidad para el triunfo, el progreso de las cosas, halla su tope, su relativización en la hembra. Esta estampa al deseo falocéntrico en los límites de la ruptura del sentido, burlando toda solemnización de los linajes, formas culturales y goces particulares donde los hombres pretenden aferrar sus anhelos. Es decir, todas las singularidades, emblemas y lazos familiares, nacionales y éticos donde lo social insiste afanosamente en dejar maniatada la decisión de los particulares deseos. Para los hombres es difícil transformar en comedia la maternidad, en general la solemnizan, para no pensar lo que habita detrás de ella.

Lo siniestro, lo familiar, se anuda precisamente en este punto del corazón femenino haciendo la hembra un chiste frente a tanta identificación superyoica, ella desde el silencio imprime un sentido desconocido para el otro. Es en definitiva su particular manera de abordar el orden fálico, burlarse de él, competir con él, en

fin, buscar un punto de ruptura salvaje en lo ya establecido en los ordenes de una cultura.

Pero antes de continuar con el comentario de la mujer creemos que se nos torna necesario puntualizar el sentido general de la obra ya citada, nos referimos al propio Seminario IV:

"La relación de objeto".

Allí Lacan formula algunas cuestiones interesantes con relación a la obra propiamente freudiana, a un cierto sentido general de la teoría psicoanalítica tal como nos la había legado Sigmund Freud, y al mismo tiempo nos señala la intención que él mismo deposita en el seminario y en lo que será su enseñanza de sus próximos años. En una palabra, cual es la intención elemental que Jacques Lacan persigue durante lustros dictando sus seminarios.

Para articular ese hilo conductor que él subraya con absoluta precisión en este curso de los años 1956-57, debemos puntualizar dos de sus enunciados. El primero lo ubicamos en el capítulo sobre "Pegan a un niño y la joven homosexual"; en el tercer párrafo nos comenta:

"[...]Si algo me parece manifiesto en todo momento, es que en la teoría analítica falta algo." "El esfuerzo que aquí sostenemos, no es malo recordárselo a ustedes, es para responder a esa falta."

Se nos enuncia así, con toda claridad, que el esfuerzo de Lacan en su enseñanza, es para responder a una falla que presenta la propia teoría psicoanalítica que nos lega Sigmund Freud. Hay una falta, en la articulación de los conceptos.

En el capítulo "Del complejo de castración", desde el primer párrafo se nos comunica cual es la naturaleza de dicha carencia teórica:

"[...]Hoy trataremos de hablar de la castración." "La castración está por todas partes en la obra de Freud, igual que el complejo de Edipo." "Sin embargo, en uno y otro caso es distinto."

"Mientras que el complejo de Edipo está presente en el pensamiento de Freud desde el principio, sólo tardíamente, en su artículo de 1924 consagrado a un tema completamente nuevo, *Der Untergang des Ödipuskomplexes*, trata de articular plenamente su fórmula." "Incluso podemos pensar que el gran problema personal del que partió es este *¿Qué es un padre?* "De esto no cabe la menor duda." "Su biografía, sus cartas a Fliess, confirman sus preocupaciones y la presencia del complejo de Edipo desde el origen." "Y sólo muy tardíamente empezó a explicarse al respecto."

"En cuanto a la castración, no se encuentra nada parecido." "Freud nunca llegó a articular plenamente su sentido preciso..." (El subrayado es nuestro)

Es decir, se nos advierte que la teoría psicoanalítica freudiana no tiene una articulación precisa sobre aquello que se fundamenta, el complejo de castración; y se nos continua remarcando que:

"...la incidencia psíquica precisa de ese temor, o esta amenaza, o esta instancia, o ese momento dramático -todas estas palabras se pueden mencionar igualmente, con un interrogante, a propósito de la castración."

Así las cosas, se observa como todo el Seminario IV, aporta el hilo conductor de responder a la falta de una articulación estricta sobre el concepto que se fundamenta todo el edificio teórico del psicoanálisis, la castración.

El complejo de castración tal como nos lo presenta el discurso freudiano tiene una base poco sólida teóricamente y de allí que muchas de las desviaciones observadas en los post-freudianos no puedan sólo atribuirse a la maleficencia de los

personajes, sino a la falta de vuelo intelectual para responder a una carencia que el propio Freud sólo pudo cubrir de una manera intuitiva.

La premisa universal de pene, al decir de Oscar Masotta, o el propio complejo de castración tiene una articulación clínica, observable como teoría sexual infantil, pero de ninguna manera como una articulación teórica seria, dado que dejarlo como observación clínica nos arroja a una teoría de completud.

El objeto a, es un intento de Jacques Lacan de resolver tal problema y poner la teoría psicoanalítica en la incompletud, tal como nos recomienda Kurt Gödel con sus dos teoremas de la incompletud.

Toda la obra lacaniana gira en torno a cercar el vaciamiento, a tratar de matematizar o demostrar la validez de la falta en la articulación de la teoría. Todos los conceptos que se abren paso en la obra de Jacques Lacan, como el propio objeto pequeño "a", son articulaciones necesarias en la mira de dar una sólida base al complejo que fundamenta la teoría, es decir la castración.

De allí que el acento se deslice de ésta a la falta de significante y de allí al terreno mismo de la femineidad en el plus de gozar más allá del significante fálico. Manera en definitiva por donde sostener la falta, que soporte el edificio teórico desde una más sólida posición.

Y es que, frente al orden fálico del discurso, a lo irremediable del goce de su orden, tal vez la mujer también quiera contribuir marcando la falta que supone tal sistema de cosas. A través de los tiempos la femineidad desplegó sus encantos y con ellos su especial posición con relación al Nombre del padre para subrayar en la transmisión de todo discurso la verdad en la que se fundamenta, es decir la falta primordial del ser.

Partiremos por tanto de una hipótesis que será el hilo conductor de todo nuestro desarrollo en este trabajo sobre la sublimación:

Estipulamos que el estatuto de la mujer en la teoría psicoanalítica supone una posición que se articula propiamente contra las formaciones del inconsciente siendo al mismo tiempo su causa.

Sabemos que la aproximación que Jacques Lacan efectúa en torno al concepto freudiano del complejo de castración lo hará por cuatro vías.

La primera de ellas sería la empirie misma, es decir la fenomenología que pueda encontrar en otras disciplinas; otra de ellas, es la propia lógica o matematización de los fenómenos, desarrollada a través de sus aporías encontrables, fundamentalmente en el territorio de la sexualidad femenina con la categoría de la no-totalidad, cuestión que nos remite a la posición que citábamos más arriba al señalar el empeño de la mujer en burlarse del orden fálico y que el propio Jacques Lacan señala como lo más verdadero de la estructura, pues cada vez que se difama a una hembra se encuentra lo mejor que podemos decir de ellas. También encontramos como tercer camino -tal vez, hoy por hoy, el más trillado en la enseñanza de psicoanálisis- el costado estructural tomado de la lingüística; y por último el hermético territorio de una topología de nudos para escuchar con las manos como Tiresias.

Con relación a la primera de estas vías, vemos su despliegue en el mismo Seminario IV al relatar la propia pregunta que Jacques Lacan le propone al antropólogo Lévi-Straus. Allí trata de visualizar la primacía del Nombre del padre sobre toda transmisión posible en un linaje maternal, como forma de ver si lo

empírico confirma la preeminencia fálica freudiana por fuera del particular territorio de las teorías sexuales infantiles -especialmente la teoría de lo masculino versus lo castrado.

Nos relata el texto al mediar el apartado tercero, del capítulo "El falo y la madre insaciable":

"...Dejemos por un momento el terreno del psicoanálisis, para plantearnos de nuevo la pregunta que le hice al señor Lévi-Straus, el autor de las *Estructuras elementales del parentesco*." "¿Que le dije?" "Usted nos compone la dialéctica del intercambio de las mujeres entre los linajes." "Por una especie de postulado, una elección, plantea usted que se intercambian mujeres entre generaciones." "He tomado una mujer de otro linaje, debo a la siguiente generación o a otro linaje otra mujer." "Si esto se lleva a cabo mediante enlaces preferentes entre primos cruzados, todo circulará de manera muy regular en un círculo que no tendrá ninguna razón, ni para estrecharse más, ni para romperse, pero si se hace entre primos paralelos, pueden producirse cosas bastante molestas, ya que el intercambio tiende al cabo de cierto tiempo a una convergencia y produce fracturas y fragmentos." "Planteo la pregunta ¿Y si invierte usted las cosas y se compone el círculo de intercambios diciendo que son los linajes femeninos los que producen hombres y se los intercambian?" "Al fin y al cabo, ya sabemos que esa falta de la que hablamos en la mujer no es una falta real." "Todos sabemos que ellas pueden tener algún falo, los tienen y además los producen, hacen niños, hacen falóforos." "En consecuencia, puede describirse el intercambio a través de las generaciones en el orden inverso." "Es posible imaginar un matriarcado cuya ley sería *-He dado un niño, quiero recibir el hombre*." "La respuesta de Lévi-Strauss es la siguiente." "Sin duda, desde el punto de vista de la formalización, pueden describirse las cosas exactamente de la misma forma tomando un eje de referencia, un sistema de coordenadas simétrico basado en las mujeres, pero entonces habrá un montón de cosas inexplicables, y en particular la siguiente:

En todos los casos, incluso en las sociedades matriarcales, el poder es androgénico." "Está representado por hombres y por linajes masculinos." (El subrayado, en las dos últimas preposiciones, es nuestro)

"Algunas anomalías muy extrañas en los intercambios, excepciones, paradojas, que aparecen en las leyes del intercambio en el plano de las estructuras elementales del parentesco, sólo pueden explicarse en relación con una referencia que está fuera del juego del parentesco y muy particularmente el orden significativo, donde el cetro y el falo se confunden".

Vemos en los párrafos expuestos como Jacques Lacan nos remite a hechos constatables en las organizaciones familiares, en las diferentes culturas, para dar cuenta de la preeminencia del Nombre del padre en la transmisión de los linajes. Los hechos certifican que la existencia de una primacía del lado masculino, y que la mujer, que aparece en el centro de todos los intercambios, carece de representación; es decir lo femenino no prima como significativo en la transmisión. Aún más, nos sugiere que las excepciones a esta norma de preeminencia de transmisión de lo masculino, se ve alterada únicamente por razones políticas o de poder, la excepción confirma la regla, es decir de manera colateral se muestra la primacía fálica en la importancia del cetro, estatuto fálico desde donde se organiza la estructura de los vínculos sociales pórtele quien lo porte.

Es precisamente a este orden de la primacía de lo masculino en la transmisión de los linajes donde la mujer siempre se ha encargado de subrayar la falta de la única manera posible en que le está permitido hacer síntoma en la estructura. Así el ejemplo que Jacques Lacan nos trae de la antropología no nos parece banal. Sin embargo, este recurso de constatar en la realidad ciertos hechos, va más allá de buscar una simple convalidación de las teorías sexuales infantiles sobre lo masculino y lo castrado, donde lo fálico es lo que da cuenta de la falta. Hay algo que apunta directamente a señalarnos un cierto circuito de funcionamiento del discurso, una cierta dinámica de la estructura del lenguaje que ordena de manera particular la lógica de esos hechos.

Se trata de visualizar que tipo de lógica se ve en la discursiva de los linajes que en definitiva no es otra que la de la historia, es decir los mitos individuales que cada uno puede hacerse de sus orígenes, de su porvenir y de sus emblemas y leyendas. Con relación a este punto es claro, el falo organiza la falta y los linajes -lo demuestran los hechos- mostrando la preeminencia de lo masculino en la transmisión en una lógica que es la del *après coup*. Lógica circular de la retroacción por donde siempre se saldrá por el lugar que se entró.

Cuando está por finalizar el capítulo sobre "El significante y el chiste" Lacan nos comenta respecto de esta lógica circular del discurso:

"[...]El desarrollo en el neurótico de un sistema mítico cualquiera -lo que en otra ocasión llamé el mito individual del neurótico- se presenta como la salida, el despliegue progresivo de una serie de mediaciones vinculadas por un encadenamiento significativo cuyo carácter es fundamentalmente circular." "El punto de llegada tiene una relación profunda con el punto de partida, aun sin ser exactamente el mismo." "El obstáculo, cualesquiera sean, siempre presente al principio, se encuentra de nuevo bajo una forma invertida en el punto de llegada, donde es considerado como una solución, con sólo cambiarle el signo." "El obstáculo del que se partió vuelve a encontrarse siempre de nuevo, bajo una forma cualquiera, al final del desplazamiento operatorio del sistema significativo."

Vemos entonces que lo fue denominado, en la parte anterior de este artículo (Parte I), el discurso "indesplegado", no desplegado -que traíamos a colación del desarrollo de una cura, de como ésta no determina el orden significativo que adviene en su transcurso, pero si, la secuencia posible de goce que se establece debajo de la cadena significativa- es una idea expuesta por Jacques Lacan en los momentos iniciales de su enseñanza. La salida del final de análisis está en el lugar de la entrada con un cambio de signo, del ideal de posibilidad a lo imposible, como muy bien él nos lo enseña.

La secuencia no desplegada del discurso se halla determinada al inicio de la cura en tanto que éste marca la puntuación de la salida con relación al goce -lo imposible- que está por venir.

Es decir, la cura analítica supone una paradoja, pues se concluye por donde el sujeto ha entrado en su demanda inicial de análisis; no hay solución, busca una al comenzar un psicoanálisis por carecer de ella, pero al final, comprueba que no hay solución posible en el sentido de las cosas, llega por tanto a una imposibilidad, la misma que estaba al comienzo. En una palabra, arriba a una falta de la misma naturaleza con la que entró en su terapia, pero con el signo de goce modificado. Todo analizante entra buscando una posible solución y arriba a lo imposible de cualquier solución, pero al mismo tiempo al agotar todas las combinaciones

posibles y comprobar con desesperanza lo irremediable de su situación al nivel de poder cambiar la historia que lo ha constituido como persona, se encuentra al mismo tiempo que en el transcurso del proceso terapéutico se ha desplegado un cambio de signo; del goce sufriente del comienzo arriba a un goce positivizado, digamos satisfactorio, positivo del Eros, sublimado en tanto permite con mayor prontitud que ésta se desenvuelva si el sujeto consiente.

Como muy bien señalábamos entonces en nuestro anterior escrito, todo el desarrollo no desplegado de un análisis se halla determinado paso a paso en su secuencia de goce antes de su despliegue posible. Es decir, la secuencia al azar de los significantes que arman las preposiciones de las asociaciones libres en un psicoanálisis, y el goce que discurre bajo éstas como un valor positivo por fuera de lo imposible de una solución de sentido, nos muestran como lo que se rodea y cerca es un vaciamiento que da cuenta de lo que Sigmund Freud denominaba complejo de castración. Lugar éste de demostración que como ya hubimos señalado en el presente escrito es la tercera vía de demostración estructural que nos marca la lingüística, y que en este caso preciso se encuentra articulada con el quehacer clínico. Vía demostrativa que combina este tercer camino con el primero de la empirie.

Así toda esta interacción entre clínica y estructura lingüística nos arroja a un tercer registro de lo real como conceptualización de lo perdido y como intento de elevar la teoría psicoanalítica a una categoría de incompletud.

Así entonces la practica psicoanalítica demuestra que todo discurso en su despliegue rodea, cerca, un vacío motor del movimiento discursivo, que Freud denominaba complejo de castración. La mujer es parte de ese vaciamiento al carecer de representación en el aparato psíquico, fundamentando, en una palabra, siendo el disparador productivo de lo que será el título del Seminario que prosigue al IV, "Las formaciones del inconsciente".

La mujer como vaciamiento, a nivel de la *Vorstellungs- Repräsentanz*, no sólo es motor discursivo, sino que por esto mismo se articula contra lo inconsciente fundando al mismo tiempo las formaciones de éste.

Las mujer no existe, es nuestro real producto del "objeto causa" -objeto "a".

Es por todo ello que creemos conveniente introducirnos en lo que denominamos la segunda vía demostrativa que Lacan impulsó con relación a la demostración del complejo de castración.

La mujer, en la lógica de la sexuación, no pudiendo decir más que lo que el propio lugar de su entrada le señala en el discurso, se revela cambiando el signo a la salida de esa circularidad. Posee en definitiva como tendencia el síntoma de cambiar el signo a estos circuitos circulares de la transmisión de los linajes donde lo masculino es lo heredable. En una palabra, los transgrede de la única manera que le es dado, es decir haciéndoles a sus hombres un chiste en lo real. Este segundo camino, que denominábamos la lógica de la no-totalidad extraída de la matematización de la clínica de la sexualidad femenina, es lo que desarrollaremos en las próximas páginas en lo que serían los antecedentes, las premisas, que permiten fundamentar tales articulaciones teóricas. En una palabra, desplegaremos algunas cuestiones introductorias que le permitirán a Lacan años más tarde, en *Encore*, arribar a las formulas de la sexuación. Para esto desarrollaremos algunas cuestiones del caso freudiano de Juanito, en especial introduciremos alguna hipótesis sobre su madre, extraída por simple ecuación

clínica y que un lector atento podrá descubrir entre líneas en el propio Seminario IV.

II

La hipótesis sobre la novela familiar del pequeño Hans, que expondremos a continuación es una construcción y la denominamos ecuación clínica pues se articula con base a una predicción tomando el caso como un acertijo o adivinanza. Al igual que en las palabras cruzadas, o en el mismo psicoanálisis con niños, tratamos de pensar lo que falta para completar la globalidad de la estructura del caso.

Así obtenemos una articulación más completa, aunque no diferente, y que, si bien nada nos certifica que sus agregados concuerden verosímilmente con la realidad histórica, tampoco nada la desmiente en relación a la verdad.

Esta hipótesis que nosotros adosaremos al caso freudiano puntualiza, entonces, el lugar del *pater semper incertus* en la novela familiar y que nos parece un punto especialmente álgido en la historia de este niño.

Hay que señalar que tanto el texto "La novela familiar del neurótico", donde se articula el problema de la incerteza paterna, como el año que el propio Freud señala haber escrito el caso de la fobia de un niño de cinco años es el mismo, 1909. Aunque el año de sus publicaciones sea hartamente diferente, lo que da prueba de la prudencia freudiana, con relación a la presentación de sus casos clínicos.

El caso de Juan transcurre en el año 1908, se lo escribe conjuntamente con la novela familiar del neurótico, al año siguiente y al cabo de 14 años Juan se vuelve a presentar a su olvidado analista.

La remarca que efectúa Freud en 1923 sobre el caso del pequeño Hans, con ocasión de la visita de este niño ya transformado en un joven nos parece significativa con relación a este punto de la novela familiar y al lugar del padre con relación a la posición de su exmujer.

Allí Freud puntualiza sobre el decir de Juan, que los padres se separaron y ambos contrajeron nuevas nupcias y que el niño ya hecho un apuesto joven lamentaba que lo separaron de su hermana desde su más tierna infancia. Ana terminó viviendo con su madre y el nuevo esposo de ésta.

La historia familiar Juan es la de una repartición de hijos como si de bienes gananciales se tratara.

Lacan retoma este punto con la mayor sobriedad, distinción y silencio.

En el Seminario IV al finalizar el capítulo de "Las bragas maternas y la carencia del padre" en lo que es el final del desarrollo de la cura que sobre Juan nos propone Lacan en la figura del caballo fustigado, nos comenta:

"De este modo Juanito empieza a experimentar la verdad de la advertencia de Nietzsche -*Si vas con mujeres, no te olvides del látigo.*"

Sentencia aplicable en este caso, indudablemente, a la propia madre de Juan.

Nos agrega inmediatamente que:

"No veamos en esta escansión lo esencial de la lección de hoy..."

Pues lo esencial es la propia castración del padre de Juan que se manifiesta en estas bragas manchadas en otra cohabitación de su mujer, ya que con él no pasaba nada como muy bien nos lo subraya el propio comentario lacaniano.

Es decir que al igual que en la mitología Edípica, en que lo esencial no es la escena de seducción en la realidad sino su importancia como realidad psíquica, este *pater semper incertus* de Ana era esencial para Juan como saber angustioso en su psiquismo más allá de toda posible realidad.

Un padre con su objeto de deseo perdido en lo real.

Realidad que por otra parte en el *après coup* de los hechos, en la repartición de los hijos y en el comentario sobre la sexualidad de esta pareja, se nos parece confirmar.

El *pater semper incertus* es el caballo, representa al mismo tiempo la incerteza de padre, así como el propio y temido cuerpo materno -las fauces abiertas de esta mamá cocodrilo en las dentelladas del equino. De allí que al final de la cura el propio Juan suba a su hermana al temido caballo antes de fustigarlo como muy bien nos lo muestra Lacan.

Es esta fustigación lo que preanuncia la desaparición del síntoma fóbico.

Nos parece por lo tanto que, bajo el matiz que supone esta construcción, la particularidad del caso de Juan articula algunas cuestiones en referencia al estatuto de la sublimación, es decir de las creaciones interpretativas que se produjeron, bajo dos vertientes:

a) En lo particular del caso expuesto, la intervención de Freud manifestándole al niño que él sabía de su origen antes de que Hans viniera a este mundo, tiene indudablemente bajo esta óptica un matiz pacificante de la angustia. Le ayuda a discriminar, a este infante, el saber que tal angustia contenía. El *pater semper incertus* no iba con él.

b) Pero, por otro lado, creemos que en lo generalizable el caso muestra una articulación universal en cuanto al tema de la interpretación, en referencia a la temática de la puntuación que anuda lo sexual y el linaje.

El caso de Juan nos metaforiza, nos condensa, un lugar generalizable con relación al tema de los anudamientos entre el discurso macho y el discurso hembra en torno al tema de la sublimación.

El linaje, al fin y al cabo, no es otra cosa que el sentido supuesto por un sujeto, es decir el sentido de su origen, el lugar de donde cree estar hablando.

La hembra con su goce, al introducir la posibilidad de un padre incierto, de un origen diferente, muestra la vacuidad del sentido, de los orígenes, de los emblemas y de todo aquello que creemos es producto del significante.

El linaje es un ideal con un real *Verborgen*, oculto.

Tornando al mismo tiempo mas relevancia al propio objeto "a" como otro real inasible más allá de todo incierto origen.

Frente a la coherencia de un aparente discurso de los ideales de un linaje, el goce femenino revelará las pasiones sobre lo que se fundamenta todo discurso. En última instancia toda transgresión al linaje, es una transgresión necesaria para fundamentarlo.

La importancia del sentido supuesto se desvanece frente a la gramática misma del goce. Desvanecimiento del sentido producido por la combinatoria significativa frente a esta necesidad de orden estructural de transgredir la significación de las cosas.

Se revela así un "lenguaje segundo" del goce frente a otro aparentemente "primo". Se articulará así lo simbólico a lo real, es decir se establecerá una conexión más allá del sentido aparente de las cosas cristalizándose un enlace con lo real del significante.

El fantasma del *pater semper incertus* nos parece, por lo tanto, que articula un problema de inconsistencia estructural del sujeto como síntoma. Y de como éste se articula en la sublimación frente a lo macho y lo hembra del discurso.

La mujer a través de la historia siempre ha tenido la tentación, en lo imaginario, de mostrarle al hombre esta inconsistencia estructural de los linajes. En definitiva, lo inconsistente del discurso frente a lo real.

Creemos que esto no hace más que referencia a un problema general con relación a la palabra.

Esta como tal, su naturaleza misma, no preserva al hombre de lo real.

Y las transgresiones, las rupturas que las hembras producen en la serie de la cadena, expresan en el ámbito imaginario algo más profundo en el síntoma mismo del *parletre* en relación con lo real.

La palabra no obtura lo real en el sujeto.

Frente a la coraza obsesional del padre de Juan, donde efectivamente el sujeto renunciaba a la sexualidad con su esposa en el refugio al igual que su hijo en las faldas de su madre, la madre de este niño muestra a este hombre la inconsistencia de la palabra y de todo orden institucional familiar en el marco de la ley.

Esta judía "pogre", la madre de Juan, hace síntoma mostrando la inconsistencia propia de toda palabra.

Esta inconsistencia de la palabra es lo que nos permite observar lo que el lenguaje psiquiátrico ha denominado crisis de despersonalización, derrumbe de la personalidad, división yoica, fragmentación subjetiva, alucinaciones transitorias y que se observa en el derrumbamiento ocasional de las estructuras obsesionales graves e histerias severas.

Lejos estaba el padre de Juan de tales atravesamientos de fragmentación subjetiva, él desde su coraza obsesiva sólo pretendía ser un buen hombre para con su familia, mientras su mujer le mostraba la inconsistencia del significante. El goce gestaba su propia gramática detectada en los síntomas del propio Juan.

Inconsistencia del sentido siempre mentiroso, y que en las intervenciones a su hijo se ponen de manifiesto, vanos esfuerzos falaces que no lo preservarían de lo real con relación al origen de la futura niña Ana.

Este es el drama donde se desencadena la fobia de Juan y donde las delirias del niño revelan la cruda naturaleza del significante impotente para preservar al sujeto de los efectos de lo real.

Más bien mostrando todo lo contrario, cómo el peso real de un goce al cristalizarse en unos significantes condiciona la estructura de la fobia.

Juan lee el goce de su madre más que escuchar a los significantes. Este niño captura la esencial disimetría entre la producción de un goce en el interjuego de la cadena simbólica y el sentido producido por tales significantes.

Juan nos da cuenta de dos escuchas a nivel significativo, el oír la significancia y el murmullo de lo gozado.

Es indudable que la fobia de Juan toma el camino de la respuesta motora siguiendo la metáfora propuesta por Freud en el modelo del telescopio, renunciando su elección de la neurosis al retorno alucinado presente en el "Hombre de los Lobos",

por ejemplo. Si el ruso responde finalmente con un goce alucinado, Juan lo hace con un goce significantizado, su fobia al caballo. Pero es indudable que uno y otro caso no es más que la cara y cruz de un mismo fenómeno, la inconsistencia del significante frente a lo real. Pues al final es lo real lo que permite que el pequeño Juan escuche el goce de sus padres, y esto no deja de ser un cierto misterio, una cierta ignorancia, en definitiva una falta de respuesta, una incompletud Real.

III

Decir que la mujer no-existe, es decir como todos sabemos que lo femenino carece de representación en lo inconsciente. Esta categoría que funda la lógica de la mujer no-toda tiene sus antecedentes en la propia obra freudiana. Como nos lo recuerda Sigmund Freud no hay representación de lo femenino en lo inconsciente. En su artículo "La organización genital infantil", "Adición a las Teorías Sexuales Infantiles" efectuada en el año 1923, nos comenta poco antes de mediar el breve texto:

"...En el carácter principal de esta *organización genital infantil* hallamos, además, su más importante diferencia en la organización genital definitiva del adulto." "Este carácter diferencial consiste en que el sujeto infantil no admite sino un solo órgano genital, el masculino, para ambos sexos." "No existe, pues, una primacía genital, sino una primacía del falo."

Así, Freud nos explicita, que el inconsciente que él concebía estructurado totalmente en el niño a la edad de cinco años es heredado por el adulto en estos términos, sin una representación de lo femenino en su aparato psíquico. Lo femenino será una categoría tardía en el desarrollo humano y vendría dada como un conocimiento "científico" que no necesariamente se produciría en todas las comunidades humanas de la historia y que, además, si se llega a él de manera universal en nuestra contemporaneidad es desde la consciencia exclusivamente. Dos párrafos más abajo del anteriormente citado, Freud, nos dice:

"...El niño percibe, desde luego, las diferencias externas entre hombres y mujeres, pero al principio no tiene ocasión de enlazar tales diferencias a una diversidad de sus órganos genitales."

Tal percepción temprana, nos continuará subrayando, conlleva a la atribución de falos a todas las cosas, personas, animales y hasta objetos inanimados. La discriminación posterior, no apunta a inscribir lo femenino sino simplemente a no atribuir un pene a todas las cosas, pues en cuanto a la atribución de las diferencias sexuales sólo se manifestará como masculino o castrado y hasta una edad bastante tardía. Y a este respecto el texto citado es contundente; se nos comunica en sus párrafos finales:

"[...]En el estadio de la organización pregenital sádico-anal no puede hablarse aún de masculino y femenino; predomina la antítesis de activo y pasivo." "En el estadio siguiente al de la organización genital infantil hay ya un masculino, pero no un femenino; la antítesis es aquí genital masculino o castrado." "Sólo con el término de la evolución en la pubertad llega a coincidir la polaridad sexual con masculino y femenino."

Para Sigmund Freud, al igual que para Jacques Lacan la mujer no existe y el inconsciente carece de representación de tal cosa. Y por si todo esto fuera poco,

como para no poder visualizar con claridad que ya en la obra freudiana habitaba con precisión la idea de una falta de existencia de la feminidad, agreguemos del texto que estamos citando -el penúltimo y antepenúltimo párrafo:

"...Lo masculino
comprende el sujeto, la actividad y la posesión del pene." "Lo femenino integra el objeto..." (El subrayado es nuestro)

Así, el artículo de la organización genital infantil nos señala intuitivamente que la mujer es el objeto real que bordea el sujeto. El sujeto como existencia inconsciente, y el objeto como no-existencia para lo inconsciente; vaciamiento contorneado por el sujeto a través de su discurso constituyendo un síntoma visible en lo más consciente de su yo, lo femenino, que adviene de lo real.

No parece por tanto que, releyendo a Freud desde Lacan, se pueda pensar que el discurso freudiano dijese pocas cosas; tal vez sólo había que articularlo de la buena manera.

Como desde el buen decir hay que rearticular lo preconscious como todo aquello que irrumpe desde lo real sin inscripción en el aparato psíquico.

Por lo tanto, podemos reformular nuestra hipótesis en los siguientes términos:

La mujer es lo que se articula desde el preconscious contra las formaciones del inconsciente siendo al mismo tiempo su causa.

La categoría femenina es un real interiormente-exterior a la propia topología de los registros de lo significante, lo real e imaginario.

Es el centro del nudo, lo que lo sostiene constituido.

Y es al mismo tiempo lo que cristaliza su movimiento.

Para tener una lectura de ella hay que pasar de la cinta de Moebius, al nudo de tres registros, más uno (el Nombre del padre). Pues lo femenino es el punto que confluye la sujeción del nudo, es decir que se encuentra en el mismo espacio que el objeto pequeño "a".

El infante sujeto sólo se representa lo masculino y lo castrado -nos recuerda el citado artículo freudiano- de ninguna manera fija una idea precisa sobre lo femenino y menos aún una representación de esto.

No hay, en palabras de Freud, una *Vorstellungsrepräsentanz* en el inconsciente de lo femenino. La estricta lectura del texto de 1923 no otorga existencia a la mujer en el inconsciente.

Lo femenino es lo preconscious por excelencia y de lo que se tendrá una idea "científica" al traspasar la pubertad, pues el aparato psíquico carece de representación alguna de ella en su constitución.

El objeto pequeño "a" es efectivamente, por la misma lógica de lo real femenino, lo preconscious. La relación del sujeto a su objeto, es decir el fantasma, no es la sexualidad infantil, pues por las premisas antes planteadas, toma consistencia en el universo del adulto.

No hay elemento alguno que pueda representar tal cuestión -tanto el objeto "a", como el tiempo y la mujer sólo se articulan como una falta y Sigmund Freud lo enuncia como lo castrado.

Por tanto, en el discurso freudiano la mujer ocupa un estatuto similar a la propia inscripción del tiempo. La mujer y el tiempo no existen en el inconsciente.

El objeto pequeño "a", en el discurso lacaniano, posee la misma naturaleza que el tiempo y la mujer en el freudiano.

Estas, por tanto, son las premisas lógicas necesarias antes de poder pensar lo que la madre de Juan nos revela como verdad universal de la posición femenina con relación a la sublimación en el historial clínico del caso.

IV

Jacques-Alain Miller, en su artículo "Introducción a la lógica de la cura del pequeño Hans, según Lacan", aparecido en el Boletín de la Federación Internacional de Bibliotecas del Campo Freudiano nº 12, ya nos advierte de un costado decorador, insaciable e inquietante de la mujer con relación a su maternidad. Nos comenta: "...Estamos acostumbrados a una cara de la sexualidad femenina que es el suplemento, el plus de goce, pero en el Seminario IV tenemos la otra cara, es decir, la insatisfacción constitutiva de la mujer." "En ese sentido, el capítulo central de este Seminario, el capítulo XI, lo he denominado: "El falo y la madre insaciable". Más adelante nos continúa diciendo:

"...La madre Lacaniana, responde a la formula
"Quarens quem devoret", busca a quien devorar..."

Y agrega, algunos puntos y apartes, más abajo:

"...Así, el Seminario IV es un
seminario sobre la sexualidad femenina, y por haber empezado a redactarlo percibí que para Lacan la cuestión esencial del psicoanálisis con niños es la sexualidad femenina." "No se trata de la mujer en relación a su goce, se trata de la mujer en relación con el falo, es decir con el significante falo que hace de ella un ser en falta." "Y hay por supuesto, una relación entre esa falta fálica y el suplemento de goce que Lacan ubicará muchos años después." (El subrayado es nuestro)

Claramente se observa que, la construcción del psiquismo de un niño, es decir las torsiones sublimatorias que sobre lo pulsional se efectuará hasta la constitución del adulto -en una palabra, desde el advenimiento de una sexualidad infantil hasta una clínica del sujeto- tendrá que ver con la sexualidad femenina. En tanto todo sujeto deviene de una madre.

En una palabra, las coordenadas sublimatorias de todo sujeto se articularán de manera directa con la feminidad; en tanto -como muy bien nos señala Jacques-Alain Miller en su conferencia de 1993 en la EOL- toda persona es hijo de una mujer. Y de allí que ubiquemos la importancia del caso de la madre de Juan.

V

Antes de terminar de introducirnos en lo que el caso freudiano de *Hans*, nos da a leer de la posición materna con relación al niño en tanto falo, revisaremos todo lo comentado hasta ahora desde un concepto que introduce Jacques-Alain Miller con relación a la lógica del significante. Nos referimos al término de:

"Anisotopía".

Neologismo que el lector podrá encontrar en el libro *Matemas II*, de ediciones Manantial, 1991.

Bajo esta invención semántica Miller nos remite a reflexionar sobre la pérdida de identidad del significante consigo mismo y la división subjetiva que constituye el sujeto. Dos temas que son indisolubles en la formalización tanto del significante

como del sujeto. Dos conceptos que aunque deben articularse de manera conjunta responden cada uno de ellos a una naturaleza semejante y al mismo tiempo extremadamente diferente. Teorización que Jacques-Alain Miller nos presenta bajo un modelo formalización que utiliza como excusa la disputa lógica entre Fregue y Russell.

El significante, no es el equivalente al rasgo unario que lo inscribe en cada golpe de su irrupción. Más bien, el rasgo unario es lo que certifica el pasaje del significante como elemento escindido por fuera de toda unidad. En este sentido, el significante comparte la rajadura propia del sujeto, pero en términos biunívocos. Mientras la estructura de todo individuo es una *Spaltung* que da cuenta de la múltiple fragmentación del aparato psíquico -instancias que el discurso freudiano ya nos señalaba de manera primitiva al hablarnos del Ello, Super yo, Yo, Ideal del yo, Yo ideal, Narcisismo propiamente dicho, Narcisismo anaclítico, etc, y las diferentes disgregaciones existentes en las propias instancias -el significante es una rajadura biunívoca entre territorios, lo real, lo imaginario y lo simbólico.

“Biunicidad” de territorios en el espacio de una trilogía, lo real, lo simbólico y lo imaginario.

El psicoanálisis se funda en el misterio que la iglesia apostólica romana ha denominado de la trinidad. El dos, padre e hijo se fundamentan en tres.

De allí que señalemos que tanto el rasgo unario como la *Spaltung* del sujeto son dos temas indisolubles que deben articularse el uno con el otro pero que responden a dos naturalezas absolutamente diferentes.

“Biunidad” en el significante en la trilogía del sujeto.

El rasgo unario es la unidad del golpe del significante y que delinea sus dos territorios, el inscrito en el sujeto en los términos que lo simbólico se articula con lo imaginario y su resto forcluido en lo real. La *Spaltung* del sujeto en cambio es una barra que representa una multiplicidad de escisiones ente lo simbólico, lo imaginario y lo real mismo donde el sujeto desaparece para circunscribirse en la pulsión y el objeto.

Si alguna unidad encontramos en el significante es en su estatuto simbólico antes de su pasaje por el sujeto, y en esta medida, es una premisa teórica, metareflexión abstracta que lo deja inmerso por fuera del territorio estrictamente del psicoanálisis -caja negra que otorga una explicación *per se* de los efectos del discurso, punto de máxima reducción que como unidad organiza el conjunto como lo unario por fuera de él, y que por lo tanto el psicoanálisis lo ha designado como falo simbólico.

La naturaleza del significante sólo puede medirse en los efectos encontrables en el sujeto. Por lo tanto, todo lo que de él pueda decirse responde a las articulaciones que se sitúan en el ámbito de su funcionamiento en el psiquismo. Cuando decimos, por ejemplo, que el significante como tal posee una parte real forcluida en el aparato psíquico y otra simbólica inscrita en el sujeto en sus efectos imaginarios, estamos estableciendo unas características de las unidades simbólicas -el significante- por los efectos encontrables en su articulación a una clínica del sujeto. Lo mismo sucede en la psicosis, cuando mencionamos la forclusión del Nombre del padre hacemos referencia a la falta de inscripción de uno o varios significantes en el psiquismo de una persona, registramos clínicamente la ausencia de estos en el conjunto de la batería significativa que constituye a un sujeto, pero de ninguna manera nos es dado sacar conclusión alguna sobre estas palabras perdidas en cuanto a su real naturaleza por fuera de sujeto. Decir algo de esto entra en el

territorio metafísico, o en el mejor de los casos en el filosófico, pero de ninguna manera es un tema psicoanalítico.

La religiosidad del misterio de la Santísima Trinidad sólo es pensable como síntoma del sujeto pero no nos aporta la menor claridad en la teorización de los conceptos y las articulaciones de los registros de la teoría psicoanalítica.

La gramática por sí misma es absolutamente insuficiente para pensar la estructura psíquica. Sus leyes que dan cuenta de los usos de la musicalidad de una lengua no son más por otra parte que unas reglas que encontramos en el funcionamiento del discurso en los sujetos. Su materialidad escrita es sólo el resultado del anterior soporte.

En psicoanálisis el estatuto de la palabra solamente podemos pensarlo por fuera del sujeto en lo que la clínica de éste nos muestra.

Sólo podemos registrar su retorno alucinado desde lo real, es decir comprobamos su efectiva presencia, pero nada más. Ni siquiera sabemos que orden es esa presencia que nos retorna de lo real, si de una naturaleza estructural -es decir, efecto del propio andamiaje inscrito y que revela en su funcionamiento su incompletud- o de una materialidad presente en lo real mismo constituido por "la lengua".

No tenemos allí respuesta segura, sólo efectos de sentido, en una u otra dirección, creando por ello una respuesta de creencia por fuera de todo saber verdadero.

Esta es la razón del misterio de la Santísima Trinidad, la pobre respuesta humana que desde el sentido ha tratado de enmarcar el misterio de la naturaleza significativa en la cual padece su ser.

Así desde un punto de vista psicoanalítico toda reflexión de la palabra sólo es pensable desde los efectos registrados desde una clínica. Cualquier otro desarrollo por fuera de esto no deja de ser una mera especulación abstracta. La religión verdadera nos da prueba de ello.

El falo simbólico, la premisa sobre la que se organiza el resto de la batería del lenguaje es la lógica que Sigmund Freud propone en contrapartida al misterio de la Santísima Trinidad. Otro síntoma que adviene al mundo en el misterio del lenguaje en lo humano.

En el misterio de la falta en el ser.

Por tanto, desde un estricto sentido de las cosas, dicho concepto no dejará de ser un indemostrable. Pues hablar de un falo simbólico es comentar la existencia de una premisa lógica que nos cerca una explicación aceptable sobre los efectos del lenguaje en lo humano, pero que no por ello deja de estar preñada de una imposibilidad demostrativa pues es el elemento "anisotópico" por excelencia.

Vemos entonces que el intento de Jacques Lacan de avalar las premisas donde se asienta el pensamiento freudiano tiene un largo alcance.

¿Desde donde registrar una identidad por dentro y fuera de los conjuntos de lo real y lo simbólico?

Los efectos de discurso, su misma existencia, dibujan fenoménicamente la presencia de una articulación que en psicoanálisis hemos denominado como premisa fálica, pero este concepto no deja de ser en sí mismo un no demostrable en su naturaleza misma, es sólo una necesidad lógica.

Lógica que por cierto Freud constató en las propias teorías sexuales infantiles.

Esta necesidad de tipo lógica podría ser cubierta con cualquier otro concepto de una consistencia, a nivel de la formalización del pensamiento, similar; y esto a pesar de, o más bien por, la existencia, insistencia del goce en su más allá del falo.

Jacques Lacan ya nos señaló que la irrupción imaginaria de este falo en la mitogenia del neurótico, no es por sí misma suficiente para garantizar su demostrabilidad. Las teorías sexuales infantiles sobre la primacía del pene no son de por sí suficientes para dar cuenta de esta lógica de la falta, de lo masculino versus la castración. Y debido precisamente a esto, es que existió en el origen mismo de la teoría psicoanalítica la dificultad de articular la falta; es decir, lo que Sigmund Freud denominaba Complejo de Castración, éste no halla una demostración sólida como lo fue en su momento el Complejo Edípico. De ahí que Jacques Lacan trate de lograr una demostración de la falta constitutiva del ser en el transcurso de su enseñanza, o que más bien oriente a ésta para servir a tal demostración.

Su raíz cuadrada del menos uno, por ejemplo, apunta precisamente a esto, a remitirnos a la necesidad lógica de los antecedentes de esa irrupción imaginaria. A lo que precede a la emergencia del número imaginario, y de cómo éste no es más que el producto de una operación que supone no ya un elemento exterior sino todo un conjunto de elementos, toda una serie con sus respectivas operaciones fundamentales. Por lo tanto su ejemplo, como modelo, nos es en esencia absolutamente equivalente a lo que ocurre en lo humano, pero es sin duda el modelo más aproximativo que encuentra en su "Subversión del sujeto". Es decir, que la existencia de un elemento por fuera del conjunto, y que organiza a éste de manera consistente, no haya en el número imaginario su más pura demostración. Es sin duda una necesidad lógica que nos coherente la explicación de estructura de un sistema dado, pero no es con pertinencia un demostrable a la usanza del discurso científico; es decir, un elemento efectivamente objetivable y constatable en el universo.

El psicoanálisis al remitirse a su propio fundamento fálico, más que arribar a la consistencia de la presencia de una materialidad significativa exterior a la batería de los significantes, a lo que llega es a la presencia de un vacío del cual la clínica sólo puede dar una tibia respuesta en los fenómenos alucinatorios de la forclusión. Pues estos fenómenos son deducibles de la propia naturaleza del significante y del funcionamiento del discurso en lo humano.

La forclusión del Nombre del padre, en el territorio de las psicosis, nos da cuenta de un elemento particular no inscrito en la batería significativa de un sujeto. Este elemento responde precisamente a lo particular de la historia de su padre y a la naturaleza misma de su constitución como sujeto en lo específico que del deseo de su madre se imbrica en padre que pueda tener.

La forclusión del Nombre del padre, por lo tanto, no apunta a la no-inscripción de ese supuesto falo simbólico que organizaría por fuera todo el conjunto de los significantes, pues en verdad ese elemento siempre es un forcluido para el sujeto en tanto a éste sólo se le inscribe en los términos imaginarios del menos fi.

La forclusión sólo nos metaforiza la pertinencia lógica del concepto fálico, pero nada más.

El falo como tal es sólo posible pensarlo desde los efectos que engendra en el sujeto, es decir no únicamente en las formaciones del inconsciente de este, sino además en las relaciones deseantes que va estableciendo con lo que le circunda. De allí la importancia de los efectos del discurso y con ello el de su organizador el falo, en los reales de vaciamiento que pueda producir. Por lo tanto, el real del objeto pequeño "a" es una constatación que al igual que lo *Verwerfung* nos da cuenta de los efectos del significante y por lo tanto de ciertas características de su

materialidad, por fuera del sujeto, pero a través de los síntomas recabados por éste.

El objeto pequeño "a" es más que una simple necesidad lógica, es un real palpable por fuera de la subjetividad del individuo, es decir por fuera del propio sujeto, y que nos da cuenta del significante fálico, de su posible naturaleza en un cierto plano objetivable de los efectos indirectos.

Es decir se constata su existencia por fuera del propio sujeto de manera indirecta en la terceridad que su demostración implica.

Sabemos que sin lo humano el lenguaje carece de substrato, éste no tiene otro cuerpo que el de la propia corporalidad que la humanidad conforma, sin embargo, una vez puesto a funcionar sus efectos se independizan y su existencia estructural posee una dinámica propia en la condición de la existencia de nuestra especie.

Pero comprobar su existencia material por fuera de lo particular del uno por uno de cada sujeto, es decir su exterioridad forcluida en el sistema sólo es a condición de registrar los efectos encontrables en lo real mismo de esa exterioridad, es decir en el campo del objeto pequeño "a" o también posible de designar como Campo lacaniano.

De allí la importancia de este concepto, que si bien es cierto existe desde el momento que Jacques Lacan lo coloca en el mundo, no es menos cierto que su espacio ya tenía una existencia independiente antes de su creación. Si no fuera así no hubiera sido posible haberlo parido a lo existente en este mundo.

Pues precisamente es posible nombrarlo en la medida que sus efectos son demostrables clínicamente, como el resultado de un discurso exterior al sujeto. Un discurso que en su desarrollo, en su despliegue, efectuado por el sujeto parlante va construyendo un vaciamiento exterior a él mismo, a su propia estructura individual y cuyos efectos le devendrá desde la creación de ese real forcluido a su estructura llamado objeto pequeño "a".

El inconsciente no es más que un particular de cada sujeto anudado a los particulares reales exteriores que el discurso de toda una colectividad engendra. Si la ciencia logra suprimir al sujeto de su discurso es por haber formulado unos universales en lo real colectivizables para el mundo entero en sus efectos.

Los reales que produce el discurso de la ciencia son anudamientos generalizables para toda la colectividad humana, sus efectos los soporta la población mundial en su conjunto. Es esta la razón por lo que de un sujeto puede ser suprimido de su discurso. Desconociendo este discurso que el sujeto es un particular, un uno por uno, no generalizable e insuprimible en tanto particular anudado a lo generalizable de la estructura del discurso de la ciencia, a los reales universales de malestar y de deseo engendrados por el discurso científico.

La sociedad de consumo engendrada por el discurso de la ciencia anudado al capitalismo, ha creado universales de deseos y malestares -tal vez más abundantes los últimos que los primeros- y es ha estas metominias materiales donde el objeto hace su serie imaginaria articulando lo particular de cada sujeto a lo generalizable de la estructura fantasmática. Esta no es variada, ni esplendorosa, los fantasmas humanos como nos lo revelan la clínica son pobres, simples y hay muy poca variedad. Tan poca es esta variedad que su particularidad se extingue en unos pocos ejemplos, hasta el punto de verlos circular como cuestiones bastante generales en la historia de la humanidad.

Es a esta estructura fantasmática generalizable donde el consumo pretende mostrar una variabilidad infinita del objeto, pero éste revela la constancia del

fenómeno, su falta de versatilidad frente a la particularidad del uno por uno de los sujetos.

Detrás de una aparente variabilidad el objeto responde siempre a la misma cuestión, a un plus de goce, es si se me permite la licencia poética, su significado primordial, repetitivo y universal.

Lo particular es consecuencia del anudamiento del sujeto en la producción del objeto, pero él no es esencialmente particular a partir de haberse constituido en lo universal mismo del discurso de la ciencia.

Es por ello que adviene al mundo, en tanto un universal de la ciencia, y ésta permite extraerlo de los particulares deseos de cada sujeto. Y aunque el objeto "a" es una parte constitutiva de la estructura psíquica del sujeto es al mismo tiempo interiormente-exterior, es decir éxtimo, a tal estructuración ya que como señalamos su naturaleza es de lo preconsciente, es decir de lo real.

Por ello cuando Jacques Lacan nos presenta la lógica de los cuatro discursos encontraremos siempre no sólo una posición polar entre el significante amo, es decir el primero de la serie y el objeto pequeño "a", sino que éste se ubicará en el extremo superior o inferior del algoritmo opuesto al que ocuparía dicho significante.

S1 a

Si tomamos de ejemplo el algoritmo que hemos representado en la línea superior, y que corresponde al llamado Discurso del Amo, observaremos como esta doble polaridad se mantiene. Si pasásemos el Significante uno al lugar del otro, es decir nos representamos al Discurso Histérico para el objeto pequeño "a" no cabría otro lugar que el único que respeta esta doble polarización es decir el lugar de la verdad.

La misma observación podríamos hacer para los otros dos discursos restantes, el de la Universidad y el del psicoanalista, el objeto pequeño "a" y el significante amo mantendrán entre sí esta doble polarización o lo que es lo mismo ambos deberán estar mediados por un tercer término el sujeto barrado o el saber según el caso. Es decir que tanto el objeto pequeño "a" como el significante sólo pueden articularse por medio de un tercer elemento. Este elemento que unas veces puede ser el saber como es el caso en el discurso de la universidad, o el sujeto como se observa en el discurso histérico, también presenta entre ellos esta relación de exclusión sólo articulable por la mediación ya sea del objeto pequeño "a" o el significante amo como terceridad que los relacione. En los cuatro discursos lacanianos no existe un sujeto del saber. Es decir el algoritmo escrito a continuación no existe, pues su enunciado sería una grave desviación teórica.

\$ S2

Tampoco existe un algoritmo que presente al significante fálico, es decir al significante uno teniendo como efecto de manera directa el objeto pequeño "a".

S1 a

Este sería otro de los algoritmos inexistentes en el discurso de Jacques Lacan. La forma de no poder pensar las relaciones entre el objeto y el significante, o dicho de otra manera, la forma que por exclusión nos permitiría pensar la naturaleza del significante y el objeto pequeño "a". La naturaleza del significante y el objeto se complementan en tanto existe una relación recíproca bordeando la producción de uno la construcción del otro, pero no deja de ser una relación a distancia mediada por un tercero y esto no sin consecuencias en la teoría psicoanalítica.

No hay relación sexual de la misma manera que no existe la relación entre el objeto y el significante, y si bien el uno es resultado del otro, no poseen ningún elemento que los identifique como partes de un mismo conjunto. De allí que una terceridad radical sea la única lógica de pensar su enlace. Más aún, su relación es imposible en tanto su establecimiento es por exclusión, el uno del otro. De allí la necesidad del signo "*losange*" para dar cuenta de la fórmula del fantasma. Significante y objeto presentan una polaridad irreductible, es decir que un cierto linaje de lo real que no del ideal, una cierta descendencia en la producción que se ve rupturada ya que la "naturaleza" es precisamente diferente.

De allí que el matema del discurso capitalista que nos presenta Jacques Lacan plantee un verdadero cortocircuito entre el significante con el objeto "a", y la especie de psicoanálisis salvaje que engendra en el lazo social anticipe el estallido del mismo en el mayor de los malestares.

La paternidad del objeto pequeño "a" por decirlo de alguna manera es doble, presenta una doble descendencia. Es a este misterio que la teoría que Jacques Lacan nos articula la construcción de la relación del significante y el objeto en los términos de una terceridad que más que mediadora es una radical rajadura. Doble paternidad por tanto ya que es posible un doble juego entre el significante y el propio sujeto en tanto que es representado por un significante para otro significante, es decir una doble naturaleza del mismo no así de lo real es decir de la argamasa pulsional maternal.

A la unicidad de lo real antepongamos la duplicidad de lo simbólico.

Es decir, desconocemos el estatuto de materialidad del primer elemento de la serie en lo simbólico, pero conocemos su necesidad lógica en la diplopía de un sentido donde el elemento fálico se duplica. La seriación de los elementos discretos del lenguaje ordenan tal concepto, y en un anverso se nos aparece lo real, conocemos de este registro el primer elemento de la serie, es decir el objeto pequeño "a", pero desconocemos que posible seriación ordena, de que se componen los elementos que se constituyen en lo real mismo, si tales elementos son o no discretos y si hay en verdad algún tipo de serie pues muy bien podría no haberla y contraponer a un orden universal simplemente un caos; la argamasa de lo pulsional humano y todo lo relacionado a un vitalismo universal sólo no es dado detectar por el recorrido significante.

Para concluir retomemos la cuestión por otro costado:

No solamente en la sutura entre significantes a nivel del discurso es por donde encontramos los puntos de "*fading*" de la desvanecencia del sujeto, sino que ésta también se la podrá visualizar en ciertas circunstancias clínicas de fenómenos elementales emergentes en las estructuras neuróticas por la naturaleza misma de la palabra; son las estructuras lábiles, muchos de los cuadros inclasificables. Es que la propia naturaleza del significante establece un punto de capitonado en el discurso siempre un poco fallado, donde el *fading* muestra lo real de todo

significante en tanto que un resto permanece inabsorbible en la estructura, es decir no inscrito.

¿Y no es acaso esta falla de lo simbólico con relación al goce lo que la sublimación intenta en vano suturar? Versus el discurso capitalista. Discurso capitalista ¿que no implicará, acaso, una estructura psicótica donde la felicidad y todo goce fuese siempre posible?

* Publicado parcialmente en los Cuadernos andaluces de psicoanálisis nº 19; 1996.



Ensayo sobre la sublimación Tercera Parte*

Hugo Monteverde

Mendel, la sublimación como resorte creativo, más allá de la identificación.

Nos introduciremos en una ejemplificación clínica en el terreno del discurso científico para dar cuenta de manera práctica y fenoménica no sólo del concepto sublimatorio sino de su articulación con lo que es un precursor, tal como nos lo recuerda Jacques Lacan en la cita que hemos escogido para presentar nuestro ensayo (Parte I).

Expondremos, además, la relación del hecho sublimatorio con relación a las oscuridades que el propio concepto de precursor discursivo encierra. Con esto queremos decir que existen innumerables diferencias entre los precursores de las artes, las ciencias o el pensamiento filosófico y que, además, en cada área específica del quehacer humano el fenómeno de que es un precursor escapa a cualquier tipología generalizante y se alza como una entidad extremadamente particular y con grandes diferencias entre los distintos sujetos destinados a ocupar ese lugar.

Hay efectivamente precursores atados a las categorías de su tiempo y otros no tanto, estos últimos sin poder predecir los algoritmos venideros en el desarrollo del pensamiento científico delinean el espacio preciso donde se circunscribirán. Como si de un objeto "a" se tratara la categoría no presente en ese tiempo es cercada de manera exacta y enunciado su espacio futuro, este es el caso que expondremos a continuación.

El presente desarrollo, por lo tanto, tiene como objetivo mostrar y ejemplificar todo este conjunto, y no es más que un estudio preliminar en la observación de ese caso particular:

La vida y el quehacer de Gregor Mendel dentro de la historia de las ciencias.

Este aladid de la genética nació en julio de 1822 en el pueblecito de Heinzendorf, en el noroeste de Moravia, que pertenecía por aquellos tiempos al imperio austríaco. Fue el único varón de una familia de pequeños agricultores compuesta por Anton Mendel (1789-1857) y Rosine Schwirtlich (1794-1862). Tuvo dos hermanas, Verónica, nacida en 1820 y Teresa, que llega al mundo nueve años después de la primogénita.

Desde muy pequeño se familiarizó el niño Johan Mendel con la jardinería, sobre todo con árboles frutales y plantas ornamentales, mientras acompañaba a su padre en estos y otros quehaceres agropecuarios. Antón Mendel deseaba fervientemente que su hijo se convirtiera asimismo en agricultor y asumiera su posición. El lugar paterno de este hombre era el de una especie de arrendista de tierras, cuyo esfuerzo y trabajo, se iban fundamentalmente para costear el alquiler de las mismas. En la práctica, trabajaba para el dueño del terreno en unos términos de explotación laboral muy elevada.

Su hijo, el pequeño Johan demostró desde muy temprana edad un gran afán por aprender y expresó su deseo de entrar en la *Hauptschule* -educación primaria. Tanto el maestro de su pueblo, como el sacerdote y también su madre, deseaban para este niño una vida mejor que la de un pobre agricultor al servicio de un tercero.

Esta devaluada imagen paterna y el menosprecio del entorno familiar por esos pobres ideales marcan de una manera fuerte los pasos de este precursor un tanto atípico.

Hay que afirmar que consideramos a Gregor Mendel un creador un tanto especial dado que nos presenta un caso extremo; como hemos afirmado, es uno de esos ejemplos donde la categoría científica que falta en su tiempo es cercada de manera precisa. Cuestión que demostraremos en el desarrollo de este trabajo.

También hay que señalar que no es el único ejemplo atípico en la historia de la inventiva humana, Leonardo da Vinci también presenta una atipicidad muy significativa como en parte nos demuestra el estudio que Sigmund Freud realizó de su figura, sin embargo, no en los niveles creativos que presenta la rigurosidad metodológica mendeliana. Leonardo da Vinci no estaba estrictamente hablando en un discurso y lógica científica en cambio Gregor Mendel sí.

Pero retornando a la novela familiar del pequeño Mendel constatamos que este vástago, por un lado, nunca abandonará las plantas y por otro elevará la manipulación de éstas a estatuto simbólico; es decir, trata de hacer síntesis entre las aspiraciones culturales de su madre y los ideales campesinos de su padre. El destino de este niño se presenta como condensación sintomática del trabajo de agricultor paterno anudado a ideales científicos que representan los emblemas maternos. Pretensión de hacer existir un encuentro entre los padres; en una palabra, desea elevarse como símbolo de la relación sexual de éstos. La vida de Mendel es consagrada ha hacer existir la cópula sexual a pesar de la imposible relación entre los sexos, ocultando así, la falta de sexualidad parental. Se erige en síntesis como sustituto simbólico del no cesar de no escribirse la no-relación sexual. Este será su sino como síntoma de sus padres.

Hay que subrayar, así mismo, que no dejará descendencia. Tampoco puede, en su momento histórico, sacar partido a su genio creador en la sociedad de su tiempo. Sus producciones estaban demasiado anticipadas al saber de su época y faltaban demasiados discursos intermediarios, muchos descubrimientos previos, que permitiesen al "vulgo" científico comprender lo avezado de sus ideas. Pero

también, no es menos cierto, que su particular carácter personal, y que iremos exponiendo en el desarrollo de este trabajo, no facilitaba en gran medida su promoción social.

Retornemos al niño Johan, rodeado por este cortejo extra familiar, nucleados alrededor de la figura de la madre. Esta siempre se interpuso entre padre e hijo tratando de evitar que siguiese los pasos de su marido. Tanto la madre como el séquito antes mencionado presionan y consiguen que el padre de este genio de la biología accediera a que su hijo asistiera al colegio, distante a 20 kilómetros de su pueblo.

Al terminar los estudios primarios, este niño cada vez más alejado de la influencia de su padre, y debido así mismo a sus buenas calificaciones, accede al Gymnsium - Instituto de bachillerato. Sin embargo, al cabo de cuatro años de permanecer en este establecimiento tuvo que empezar a compatibilizar trabajo y estudios, debido a que sus padres no pudieron seguir financiando su enseñanza. Un grave accidente que tuvo su padre trastocó toda la economía familiar. Este avatar en la salud paterna, no es ajeno a las duras condiciones laborales de este campesino. Su salud no era muy fuerte, los años de gran sobre esfuerzo y trabajo extenuante, para subsistir en las draconianas condiciones económicas que realizaba su labor, acabaron con su fortaleza física.

Lo cierto y seguro es que este hecho dio paso a años duros en la juventud de Mendel. A parte de tener que empezar a ganarse la vida, identificado salvajemente a su padre, enfermó en varias ocasiones y finalmente necesito interrumpir temporalmente su formación preuniversitaria. De esta manera algo del padre le entraba a este joven por "*la ventana*" del inconsciente.

Finalmente, en el año 1843, y de manera penosa y esforzada por las circunstancias que le rodeaban, logra terminar sus estudios. Como él mismo reconoce, en una autobiografía, sintió en ese momento una gran incapacidad, se le tornaba imposible, resistir otra vez tamaños esfuerzos para continuar su carrera universitaria y en este convencimiento buscó un lugar que le "librara" de tal peso. El cada vez mayor alejamiento de los ideales campesinos paternos, la imposibilidad de reconocerse en él y las penurias económicas que rodeaban a su familia asfixiaba de manera penosa al joven Johann. La depresión se había adueñado de él. Hay que señalar que el síntoma principal de Mendel era precisamente no poder ocupar un lugar fruto de la conclusión de un esfuerzo. Es una sintomatología que le acompaña toda su vida.

El, como síntoma de sus padres, tratando de hacer síntesis entre ambos se le transformaba todo esfuerzo en fracaso y angustia, marcándole esta retroacción sintomática lo imposible de escribir la conjunción parental.

Es en este contexto, depresivo y angustioso, que solicitó el ingreso y fue aceptado en el convento agustino Santo Tomás en Altbrunn.

Así, con este nuevo padre simbólico y sostenedor, se libraba de tener que reproducirse y lograba una tranquilidad económica que lo alejaba de su familia; dedicando su vida al estudio de la transmisión de los caracteres fenotípicos de la herencia. Finalmente concilia con los años en esas investigaciones con plantas, a costa de sí mismo por la mediocridad de su existencia, los ideales estudiosos maternos y la jardinería campesina del padre con esa magra promoción social de su discurso. Vida marcada en la riqueza de la producción interior pero devolviéndole su realidad social esa esterilidad de lo real del bien frente a la natural fortaleza de la maldad.

El 9 de agosto de 1843 tomó el hábito de novicio y recibió el nombre de Gregorius. Estudió teología durante cuatro años en el seminario de Brün y en agosto de 1847 fue ordenado sacerdote.

El convento, fundado en el siglo XIV, era de un estatus acomodado y poseía muchas tierras. Era un centro de cultura y ciencia cuya influencia llegaba más allá de Brünn. La mayoría, de la docena de monjes que lo habitaban, se ocupaban de asuntos científicos, artísticos y pedagógicos; asimismo disponían de una biblioteca con más de veinte mil ejemplares.

Al terminar sus estudios, Gregor Mendel se trasladó a la ciudad de Znain donde impartió clases en el instituto de bachillerato. Después de dos años, en abril de 1851 volvió al convento y en octubre del mismo año viajó a Viena, a donde fue a estudiar ciencias naturales por expreso deseo del entonces prelado Napp. Magistrado de la iglesia que jugó en cierta manera un papel de mecenazgo espiritual en su vida.

Durante el semestre de 1851-52 se matriculó únicamente en "Física experimental y demostrativa", asignatura dirigida por el Dr. Christian Doppler. En los siguientes semestres se matriculó en zoología, botánica, paleontología, química y matemáticas, así como anatomía y fisiología de las plantas. En Viena empezó Mendel a desarrollar su actividad científica de manera independiente. En el año 1853 entró a formar parte de la asociación de zoología y botánica.

En julio de ese año, Mendel regresa de nuevo al convento de Brünn. En mayo del siguiente año empieza a dar clases en la escuela estatal de aquella ciudad, donde desarrolló su actividad docente en las materias de física y ciencias naturales durante catorce años.

Es oportuno señalar aquí, que Mendel nunca consiguió tener una plaza definitiva de profesor, pues a pesar de intentarlo varias veces, jamás pudo superar el examen para acceder a una plaza fija. Cuestión realmente sugestiva si tenemos en cuenta que fue en su juventud un alumno brillante con notables calificaciones. Siempre ocupó plaza de profesor suplente, precariedad que de alguna manera da cuenta de su lugar, que redondea de manera intuitiva, pero al mismo tiempo precisa, la metáfora sintomática de unas identificaciones familiares profundamente conflictivas.

Se nos corrobora así este síntoma de no poder ocupar un lugar digno fruto de un esfuerzo sin duda realizado. Hay que afirmar además que este hombre era un profesor muy estimado por discípulos y colegas.

Ningún linaje, ningún lugar estaba reservado para él. Nada podía producir que pudiera otorgarle la consistencia de un sitio sólido y hay que señalar que su obra científica tampoco fue reconocida como tal en su época, ni siquiera a título de trabajo realizado y citado en otros estudios.

A todo este conjunto sintomático podemos sumarle una cierta disposición a fracasar al triunfar en la comprobación de sus hipótesis en las investigaciones que realizaba y a una cierta debilidad de su posición subjetiva en su relación con los otros. Su sitio siempre terminaba en una cierta fragilidad, siendo finalmente ignorado en sus ideas hasta por los más cercanos. Durante los catorce años en los que estuvo impartiendo clases en la *Oberrealschule* de Brünn (escuela estatal) vivió Mendel, a tenor de su autobiografía, sus años más felices. Era un profesor apacible, bien considerado y querido por todos sus alumnos. Pero no podía hacer nada más allá, haciendo valer su nombre en el rigor de su lógica más que en la bondad de sus sentimientos. Alma bella, siempre reconocido por su actitud bondadosa pero

francamente ignorado como poderoso precursor intelectual en su época. Y al mismo tiempo, sin poder él mismo consolidar su lugar en el saber universitario y el puesto de trabajo que este discurso le brindaba.

Así su síntoma, de no poder hacerse con una plaza fija de profesor, de no lograr reconocimiento en la potencia de su intelecto, nos advierte de la imposibilidad de hacerse inscribir, de poder escribirse como sujeto y de como él no se veía reconocido en la transmisión de una cadena. Se observaba su ectopia, la ruptura de la transmisibilidad de linajes que pudieran asentar su lugar. Su novela familiar le anudaba de manera precaria al lazo social. Debía apartarse de la comunidad, recluirse; sólo en lo monástico y en sus investigaciones científicas apacigua su angustia e inconsistencia subjetiva.

De tratar de hacer síntesis entre los ideales irreconciliables de su madre y de su padre la vida le devuelve, como hemos dicho, un lugar clerical que por otro lado lo libra de dejar descendencia; en una palabra, de poder transmitir algo con sus orígenes en su propio presente histórico.

En el año 1854 empezó asimismo Mendel a escoger las variedades de guisantes - *Pisum sativum*- para poder realizar los cruzamientos que realizó en el jardín del convento, desde el año 1856 hasta el 1863. El prelado Napp le cedió una parte de su propia parcela de jardín para que realizara estos experimentos, que a la postre serían los que convirtieron a Mendel en fundador de la teoría de la transmisibilidad genética. Sobre sus resultados informó en el clásico tratado "Experimentos de hibridación con plantas".

Leyó este texto en dos sesiones, el 8 de febrero y 8 de marzo de 1865 respectivamente, delante de los miembros de la asociación de investigadores de la naturaleza de Brünn de la que era miembro desde su fundación en 1861.

El tratado fue publicado un año después en las publicaciones de dicha asociación. La revista, en que se publicó su ensayo, fue remitida a ciento veinte bibliotecas de diferentes universidades. Así mismo, el propio Mendel envió cuarenta copias a colegas de su época. Todos ignoraron sus poderosas intuiciones científicas.

Más adelante, prosiguió con sus experimentos cruzando otros tipos de plantas, hasta que en el año 1868 fue elegido como abad del convento. La carga que este título llevaba consigo le vuelve nuevamente a dejar sin lugar, produciendo una nueva inconsistencia en su sitio de investigador y una vez más lo aleja de sus estudios y especulaciones. Así mismo, tal puesto le forzó a dejar su amada tarea de docente y limitó, en gran medida, sus investigaciones científicas.

A pesar de todo con el paso de los años, y nuevamente bajo grandes esfuerzos y penosos sacrificios, pudo compaginar su tarea como máximo representante del convento con experimentos con plantas ornamentales, verduras y árboles frutales. También nos llama poderosamente la atención que en los últimos años de su vida, se dedicara con gran vehemencia a la meteorología, tema sobre el que publicó varios artículos. Así sus especulaciones científicas van desde la transmisión de los caracteres hereditarios a las circunstancias ambientales de sus queridas plantas - como se verá nuevamente, todo un complemento a la gran metáfora sintomática que muestra este hombre en las investigaciones que realiza en su vida.

Ya gravemente enfermo y pocos meses antes de su muerte durante la ceremonia de admisión de un novicio, pronunció las siguientes palabras:

"Aún cuando he tenido que soportar horas amargas a lo largo de mi vida, debo dar gracias, que las felices y placenteras las han superado con creces." "[...]Mis trabajos científicos me han pacificado mucho[...]"

Es decir, él nos advierte como la sublimación es la única arma contra lo peor de nosotros mismos y agrega a modo de saber verdadero:

"[...]y estoy convencido que no pasará mucho tiempo hasta que todo el mundo reconozca los resultados de mi trabajo."

El abad Gregorius intuye que el niño Johann, en el recorrido de su sublimación, construye a un Gregor que fundará definitivamente un linaje después de su muerte. Un linaje que consistirá en una transmisibilidad exclusivamente científica. Mendel presiente que su lugar y la transmisión de su producto será post mortem, nada le estaba reservado en esta vida, nada de la síntesis que él se esforzaba en producir podría ser vista por sus progenitores ni personas relacionadas históricamente a éstos.

Está claro que Mendel no utilizó los guisantes para sus experimentos con el objetivo de aumentar los conocimientos de estos, sino para estudiar las transmisiones fenotípicas de los rasgos característicos de los padres a hijos. Es decir, su "jardinería de guisantes" estuvo aplicada a investigar leyes naturales objetivas de la descendencia.

Como él mismo cita en su tratado:

"La experiencia de la fecundación artificial, tal como se realiza en plantas ornamentales para obtener nuevas variaciones en el color, ha conducido a los experimentos que se van a describir aquí." "[...]La notable regularidad con que reaparecen siempre las mismas formas híbridas cuando la fecundación se realiza entre las mismas especies indujo a ulteriores experimentos, cuyo objeto fue seguir el desarrollo de los híbridos en su descendencia."

A la problemática hamletiana del "*to be or not to be*" Gregor Mendel la sustituye por "el ser transmisible de los caracteres fenotípicos ¿o no?".

En la época en la que Mendel empezó sus experimentos, se conocían gran cantidad de datos sobre observaciones y métodos del seguimiento de las características de transmisibilidad de rasgos entre las diferentes generaciones de padres a hijos. En particular había un gran desarrollo en métodos de cruzamiento e hibridación en plantas, iniciados a finales del siglo XVII. Podemos en este campo citar nombres como Camerarius (1665-1721), Kölreuther (1733-1806), Knight (1759-1838), Gärtner (1772-1850), Gordon (1807-1880) y muchos otros. Todos ellos son los pioneros en la experimentación de la hibridación en plantas.

Como el mismo Mendel menciona en su tratado, se llega a la convicción que hasta la fecha que nos ocupa ningún experimento se había llevado a cabo en extensión y forma tales que hubiera hecho posible determinar el número de formas diferentes que aparecen en la descendencia de los híbridos, o que permitiesen clasificar estas formas con certeza por generaciones separadas; o bien, establecer con precisión sus relaciones estadísticas.

A la clara concepción de estas tres necesidades primarias, en el seguimiento de los caracteres hereditarios en las sucesivas generaciones, se debe el éxito de Mendel. Parece claro que en sus días, esta concepción era absolutamente nueva.

La práctica agrícola combinada con la investigación sobre los cultivos por un lado y la experimentación sobre hibridación a fin de esclarecer problemas teóricos por otro, eran dos diferentes caminos científicos.

Con la hibridación se pretendían resolver interrogantes tanto biológicos como fisiológicos sobre la realidad objetiva, así como sobre la permanencia o creación de especies y permitir simultáneamente especulaciones filosóficas sobre los

mecanismos de la vida. Carl von Linné (1707-1778) suponía que del cruzamiento de especies podían aparecer nuevas especies.

La investigación sobre cultivos en cambio, fue activada por la necesidad de la agricultura para conseguir tipos de plantas más productivas. Se trataba de hacer frente a la creciente demanda de alimentos y materias primas que la revolución industrial y su consiguiente aumento de población y urbanización requerían. A mitad del siglo XIX instauraron varias academias científicas premios de investigación con el fin de estimular el esclarecimiento de cuestiones relacionadas con la hibridación de plantas mediante incentivos económicos. Como ejemplo, la academia parisiense convocó un concurso en 1861 con el tema "Estudio de hibridación en plantas desde el punto de vista de su fertilidad y conservación o no de sus caracteres". El premio lo consiguió Charles Naudin (1815-1899) con su trabajo sobre "Nuevas investigaciones sobre hibridación en plantas".

Moravia se desarrolló durante el siglo XIX como un avanzado territorio agrario y ganadero. Se crearon asociaciones para el fomento de la agricultura, ganadería, etc. Así mismo Brünn se erigió en esa época como un centro textil de primer orden, era conocido como el Manchester austríaco.

De igual manera no quedaron atrás el estudio sobre cultivo e hibridación de plantas, como ya se ha indicado anteriormente, aplicado a especies ornamentales y árboles frutales.

Pocos años antes del nacimiento de Mendel apareció la revista de Brünn

"Novedades y discusiones de economía", en la que se podía leer:

"Es cuestionable si la fecundación artificial mediante polen de diferentes especies podrá instaurar variedades más ventajosas, incluso en los cereales." "Para este fin corresponde un hombre con profundos conocimientos de botánica, con una sagaz capacidad de observación, una infinita paciencia y que sea capaz de extraer a la luz lo más sutil de estos experimentos." "Por esta razón no es esperable obtener resultados en breve plazo."

Posiblemente Mendel leyera este artículo antes de iniciar sus experimentos. De todas maneras, lo que corroboramos es el boyante caldo de cultivo que existía en su ciudad y en su época para el tipo de trabajo que realizaba. Cuestión que contrasta con los paupérrimos resultados que logra para hacer valer su nombre, como hombre de ciencia y estudio, en el campo de la hibridación con plantas.

El ambiente de su época estaba plagado de discusiones sobre cultivos, crianzas y cruzamientos, y él se informa de todo esto concienzudamente. En su mismo pueblo, Brünn, había grandes debates sobre cruzamientos en ovejas y en ellas participaba activamente su mentor, el prelado Napp.

Por ende, cuando Mendel entró a formar parte del convento se familiarizó con las tendencias del desarrollo de la agricultura y jardinería en Moravia. El problema de la herencia era considerado clave en el cultivo de plantas y crianza de animales en su época, su ciudad y su propio convento. Sin embargo él nunca logró destacar en nada y la mayoría de sus actividades científicas se gestaban en una tenue y desapercibida sombra.

La influencia de Klàcel, Batranek y el propio Napp gestaron en él, el amor por la investigación y la experimentación independiente. Parcela, donde Mendel pudo desplegar sus técnicas en la hibridación y cultivo de plantas ornamentales y que luego aplico a sus famosos guisantes. Como él mismo cita en el inicio de su tratado:

"[...]La experiencia de la fecundación artificial, tal como se realiza en plantas ornamentales para obtener nuevas variaciones en el color, ha conducido a los experimentos que se van a describir aquí."

Los conocimientos teóricos para realizar su empresa, Mendel los adquirió en unos de los polos magnéticos de la cultura de su tiempo, la universidad de Viena. Allí llegó a construir premisas e hipótesis que más tarde confirmó con sus experimentos.

De los físicos, Mendel aprendió a diseñar experimentaciones y así mismo, a poder evaluarlas matemáticamente. El físico Doppler le transmitió las ideas de su tiempo y el principio heurístico de la simplificación de lo complicado; la navaja de Occam se reveló en él como su principal virtud. Del botánico Unger oyó entonces la revolucionaria teoría celular, y participo activamente y sin mojigaterías religiosas en la discusión científica sobre el origen de los cigotos embrionarios de las plantas, poniéndose decididamente al lado de los que defendían la opinión que los embriones surgían de la unión de un óvulo y una célula del polen. Tales ideas no dejaron, años más tarde, de crearle ciertos problemas con el prelado Napp. Lo que sin duda contribuyo a aumentar sus dificultades de promoción social.

En definitiva, los conocimientos adquiridos en Viena dieron impulso a Mendel para empezar sus experimentos y posiblemente para dar respuesta a la pregunta lanzada por su mentor, pero desde un sesgo diferente desde donde quería responderla su creador.

Planteaba Napp:

"¿Que se hereda y como?"

Como un espejo cóncavo que concentra los rayos solares sobre un mismo punto, Mendel aglutinó los diversos conocimientos de una serie de diferentes disciplinas científicas y se dirigió hacia un "único" problema, la transmisión hereditaria de los rasgos. Solución que describió hipotéticamente y después confirmó experimentalmente.

Gregor Mendel se dio cuenta, y así lo cita en su trabajo, que el tipo de planta escogido para su experimentación no era indiferente, y definió dos características básicas que, efectivamente, cumplía el *Pisum Sativum*. Primera, que poseía caracteres diferentes constantes. Segunda, que los híbridos de estas plantas debían, durante el período de floración, estar protegidos de la influencia de polen extraño, y la planta de este guisante era fácil de protegerle de él. Como vemos su elección científica, no deja de tener resonancias en lo subjetivo. Una relación sexual libre de cualquier contaminación, representante puro de una unión que sintetizase una argamasa impoluta.

Los híbridos y su descendencia no debían presentar perturbaciones marcadas en su fertilidad en generaciones sucesivas. Puso especial énfasis en que la impregnación accidental con polen extraño conduciría a conclusiones completamente erróneas. Así mismo, cita que:

"[...]La fertilidad reducida o la esterilidad completa de ciertas formas, tal como aparece en la descendencia de muchos híbridos, haría muy difíciles o imposibles los experimentos." "Para descubrir en qué están relacionadas las formas de los híbridos entre sí y respecto a sus progenitores parece necesario que todos los miembros de la serie desarrollada en cada generación sucesiva estén, sin excepción, sujetos a observación."

Hay que destacar, la rigurosidad de su método, pues antes de iniciar propiamente los experimentos, hizo pruebas con estas plantas durante dos años. Una vez

comprobado que los individuos elegidos cumplían todos los requisitos, empezó el ensayo.

También es necesario destacar que los caracteres fenotípicos que él toma en cuenta se redujeron a los que confirmaban sus hipótesis, silenciando otros que resultaban altamente aleatorios.

Como es conocido, el descubrimiento de Gregorius fue bautizado a principios del siglo XX como las leyes de Mendel y estos son sus enunciados:

Primera ley, de la uniformidad y reciprocidad. "Cuando dos progenitores, que se diferencian en uno o más caracteres se cruzan, toda su descendencia -F1- presenta los mismos caracteres, es decir, es uniforme." "Además, es indiferente en que progenitor se encuentre el carácter y en que otro de su pareja."

Al realizar esta parte de su experimento, Mendel utilizó siete caracteres diferentes obviando a conciencia otros, que ocultó deliberadamente en la presentación de los resultados de sus investigaciones. Los caracteres elegidos, eran entre otros, la forma de la semilla madura hasta la diferencia en la posición de las flores o en la longitud del tallo. Es de señalar, que en la última parte de la descripción de esta ley, Mendel hace una lista de caracteres dominantes.

Cuando Mendel comenta los resultados y habla de la uniformidad de esta -F1- emplea unos términos que han prevalecido hasta nuestros días, que son "dominante" y "recesivo".

En honor a la verdad, hay que señalar, que la reciprocidad de los caracteres ya fue observada por Gartner en sus experimentos y Mendel los corrobora. En esta parte del tratado, se observa claramente que, Mendel evita hablar del carácter híbrido como transmitido por uno de los padres. Este silencio, que ya hemos mencionado, paradójicamente evita el error que prevalecía en las antiguas concepciones de la herencia. Nos muestra así, no sólo su rigurosidad sino además como no apartándose del discurso, metodología y antecedentes epistémicos de su época al mismo tiempo los va transformando por los resultados hallados en la experimentación. De allí el silencio y el velo de ocultación que traza sobre ciertos rasgos fenotípicos aleatorios. El se concentra sólo en unos pocos a los que puede sujetar bajo las leyes de la estadística. Esta simplificación de variables fenotípicas resulta en su época absolutamente innovadora al articularla a algoritmos matemáticos. Es decir, que en su investigación prevalecía el modelo antes que la observación, o sólo eran tomados en cuenta las observables que ratificaban dicha maqueta matemática.

Segunda ley, de la segregación. "Cuando los individuos de la primera generación se cruzan entre sí o se autofecundan, se obtiene en la segunda generación -F2- una separación de caracteres en proporción de tres a uno -3:1- para los caracteres dominantes."

Aquí es muy interesante recalcar que Mendel dice:

"[...]El carácter dominante puede tener una doble significación: a saber, la de un carácter paterno o la de un carácter híbrido." "En cada caso particular, sólo puede determinarse en la generación siguiente cual de las dos significaciones tiene."

"Cuando se trata de un carácter paterno debe pasar sin cambio a la descendencia; como un carácter híbrido, por otra parte, debe mantener el mismo comportamiento que en la primera generación -F2-."

Este tiene el carácter híbrido como algo incidental y no "transmitido" a él - concepción clara y fundamental, expresada aquí por vez primera y cuestión que teóricamente se articula a lo que epistémicamente le permite producir los silencios

antes mencionados sin adular la validez del modelo matemático, siendo precisamente estas omisiones lo que lo fundamentan, al carecer de las categorías genéticas que irrumpirán en las décadas venideras.

Durante esta parte del experimento, prueba Mendel así mismo, que las formas que poseen el carácter dominante en la primera generación, dos tercios poseerán el carácter híbrido, mientras que un tercio permanece constante con el carácter dominante.

Esta proporción de tres a uno -3:1- según la cual se distribuyen el carácter dominante y recesivo en la primera generación se convierte, por tanto, en todos los experimentos en una proporción de dos a uno a uno -2:1:1- si el carácter dominante se diferencia según signifique un carácter híbrido o paterno. Ya que los miembros de la primera generación -F2- proceden directamente de la semilla de los híbridos -F1- resulta ahora claro que los híbridos forman semillas que tienen el uno y el otro de los caracteres diferenciales (este es el principio de la segregación) y de éstos la mitad vuelven a desarrollar la forma híbrida, mientras que la otra mitad produce plantas que permanecen constantes y reciben el carácter dominante o recesivo, respectivamente, en igual número.

Tercera ley, de la transmisión independiente o de la recombinación. "La descendencia de los híbridos, en que se combinan varios caracteres esenciales diferentes, presenta los términos de una serie de combinaciones, que resulta de la reunión de las series de desarrollo de cada pareja de caracteres diferenciales." "Al mismo tiempo se demuestra que la relación de cada pareja de caracteres diferentes en la unión híbrida es independiente de las otras diferencias que presentan las dos primeras cepas paternas originales."

En definitiva, esta ley nos conduce a la siguiente afirmación por parte del propio Mendel y que supone un corte epistémico con el saber de su época pues cerca de manera exacta la categoría ausente en su tiempo, es decir la cadena helicoidal de ácido desoxirribonucleico:

"Los caracteres constantes que aparecen en las diferentes variedades de un grupo de plantas pueden obtenerse en todas las asociaciones posibles según las leyes matemáticas de la combinatoria, mediante repetidas fecundaciones artificiales."

Esta afirmación supone una base material precisa que sostenga la combinatoria y anticipa de manera intuitiva las bases del modelo de escalera caracol genético. Como ya se mencionó, Mendel fue capaz de observar y enunciar sus leyes sobre todo porque se concentró en determinados caracteres de las plantas, en concreto siete, el color de la semilla, amarilla o verde, la forma de la misma, redonda o angulosa, etc.

Es precisamente por optar en concentrarse en muy pocos rasgos fenotípicos en el rigor del método estadístico y no en un conjunto de observaciones dirigidas a multitud de rasgos fenotípicos, como comúnmente se trabajaba en su tiempo, que Mendel puede circunscribir el espacio genético de categorías que desconocía en su época.

Cada año, durante los ocho que duro el experimento, plantó entre cuatro a cinco mil plantas sobre un terreno que no excedía los treinta y cinco metros de largo y siete de ancho, que el prelado Napp había puesto a disposición suya. Los resultados de los experimentos, le indujeron a ir más allá de sus leyes. Habló de la existencia de células reproductoras, llegando a las siguientes conclusiones:

"[...]Parece lógico concluir que en los ovarios de los híbridos se forman tantas clases de células huevo y en las anteras tantas clases de polen, como formas de

combinaciones constantes son posibles y que estas células huevo y de polen tienen una composición interna concordante con las formas separadas." "De hecho, es posible demostrar teóricamente que esta hipótesis sería completamente suficiente para explicar el desarrollo de los híbridos en las diversas generaciones, si pudiésemos al mismo tiempo suponer que en los híbridos las variadas clases de células huevo y polen se forman, por término medio, en igual número."

Baste solamente recordar que la cadena de ADN fue descubierta a mediados del siglo veinte para conmocionarnos con la envergadura de su genio.

Mendel ideó para probar su hipótesis el siguiente experimento que aunque muy conocido por todos los biólogos describiremos a continuación pues fundamenta nuestras reflexiones epistémicas.

Dos tipos que eran constantemente diferentes en la forma de la semilla y el color del albumen se unieron por fecundación.

Se designaron:

AB, progenitor productor de semillas.

A, a la forma redondeada. B, al albumen amarillo.

ab, progenitor productor de polen.

a, a la forma angulosa. b, al albumen verde.

Se fecundaron:

1ro. Los híbridos con polen AB.

2do. Los híbridos con polen ab.

3ro. AB con el polen de los híbridos.

4to. ab con el polen de los híbridos.

En cada uno de estos cuatro experimentos se fecundaron las flores de las tres plantas. Si la teoría anterior es correcta, deberían desarrollarse a partir de las células huevo híbridas y de los granos de polen de las formas AB, Ab, aB, ab y deberían combinarse:

1ro. Las células huevo AB, Ab, aB, ab con las células de polen AB.

2do. Las células huevo AB, Ab, aB, ab con las células de polen ab.

3ro. Las células huevo AB con las células de polen AB, Ab, aB, ab.

4to. Las células huevo ab con las células de polen AB, Ab, aB, ab.

En cada uno de estos experimentos si las inducciones de Mendel se confirmaban sólo podían resultar las siguientes formas:

Para el 1ro. AB, ABb, AaB, AaBb.

Para el 2do. AaBb, Aab, aBb, ab.

Para el 3ro. AB, ABb, AaB, AaBb.

Para el 4to. AaBb, Aab, aBb, ab.

Si además, las variadas formas de células huevo y de polen de los híbridos se produjeran, por término medio, en igual número, en cada experimento las cuatro combinaciones indicadas, preveía Mendel que, debían estar en la misma proporción entre sí -en realidad no era de esperar una concordancia perfecta pero más allá de lo aleatorio, ésta debía ser la tendencia.

La cosecha cumplió exactamente estas previsiones más allá de las variables aleatorias silenciadas.

Se ve de manera cristalina como la alcahofa del método mendeliano es la aplicación rigurosa de la estadística en un campo previamente circunscripto por la navaja de Ocan en la simplificación y concentración de unos pocos y determinados caracteres fenotípicos.

Experimentalmente pudo confirmar Mendel que:

"[...]Los híbridos del guisante forman células huevo y de polen que, en su constitución, resultan de la combinatoria de los caracteres unidos en la fecundación."

Seguidamente indica:

"[...]En opinión de renombrados fisiólogos, en las fanerógamas para la propagación se unen una célula de polen y una célula huevo formando una sola célula, que es capaz por asimilación y formación de nuevas células de convertirse en un organismo independiente." "Este desarrollo sigue una ley constante, que se basa en la composición material y la disposición de los elementos que se encuentran en una unión vivificadora."

Esta explicación es estremecedora, sin ninguna categoría de nuestro tiempo. Cien años antes, Mendel puede anticipar una teoría completa y suficiente de la transmisión hereditaria, aunque por supuesto no pueda enunciar los conceptos genéticos de nuestra época.

Gregor Mendel expresa de manera inequívoca, la idea que la herencia está ligada a un soporte material específico sin tener el mismo la menor idea teórica de la cadena de ADN.

Es necesario que pase medio siglo para que se avencinen las primeras escuchas e intuiciones que él había establecido del soporte material en la transmisión genética.

El tema de las unidades discretas y corpusculares, de composición material, es retomado cincuenta años más tarde por el danés Wilhelm Johannsen (1857-1929) que en el año 1909 denomina estos elementos, previstos por Mendel, genes. Las leyes de Mendel son leyes estadísticas sobre el movimiento, distribución de los genes dentro de una población. Como todas las leyes tienen un campo de aplicación.

Pero el destino vuelve a confrontarlo a lo peor. El envió una de las cuarenta ediciones especiales de su disertación al botánico Carl Wilhelm von Nägeli. Este le animó a seguir sus experimentos con un tipo de plantas que se reproducen sin intervención del polen y por lo tanto no eran adecuadas para adentrarse en la línea de pensamiento que le remitían sus anteriores experimentos con el guisante *pisum sativum*. El otro cobra más importancia que el propio rigor de su pensamiento, siempre trata de hacer síntesis, siempre renuncia a confrontarse como sujeto. A principios del siglo XX nació la teoría cromosómica de la herencia postulada y defendida por Theodor Boveri (1862-1915) y Walter Sutton (1876-1916). Gracias a ella se hicieron más precisos y profundos los conocimientos mendelianos al conocerse y analizarse los sucesos fundamentales de la división celular y la fecundación. Esto permitió comprender el papel y comportamiento de los cromosomas durante estos procesos.

Podríamos resumir y comentar, en términos modernos, los conocimientos de Gregor Mendel de la siguiente manera: Los caracteres mendelianos que se disocian están situados en el núcleo de las células. En el caso de caracteres monhíbridos, se sitúa un alelo en un cromosoma y el otro alelo en la misma posición en el cromosoma homólogo. La distribución de los cromosomas en mitosis, meiosis y fecundación conduce necesariamente a la distribución de los caracteres hereditarios tal como se formulan en la primera y segunda ley de Mendel. En el caso de caracteres dihíbridos, con libre recombinación de genes, se sitúa un par de alelos en sus respectivos cromosomas homólogos y en cambio se sitúa el otro par de alelos en otro par de cromosomas homólogos. De la posición de los dos genes

considerados, respectivamente en dos cromosomas no homólogos, da como resultado la tercera ley de Mendel de la recombinación.

¿Quién podría discutir que esta no es la única interpretación posible del discurso de este genio a la luz del *après coup* de la historia?

¿Quién podría negar que esta anterior afirmación no se halla contenida de manera latente en la obra de este genio?

Gregor Mendel entendió sus experimentos sobre la herencia y su generalización teórica como un aporte para un marco de reflexión mucho más amplio. Veía su trabajo como una aportación que contribuyese al esclarecimiento de la evolución de las especies.

En este sentido poseía unos pensamientos muy disímiles a lo que era la tradicional ideología del clero de su época. Esto siempre le llevó a permanecer al margen, como un elemento extraño y fuera de sintonía con relación al medio religioso en que se movía. A pesar de llegar a ser, por su extraordinario y bondadoso carácter, abad de su convento nunca estuvo totalmente asimilado e identificado a los hábitos religiosos. Más aun la recomendación de designarlo director de su orden en Brünn lleva la intencionalidad oculta de apartarlo de su "enfermizo" y "peligroso" trabajo de investigación de las plantas. Sus superiores poseían una cierta desconfianza hacía él y de una u otra manera pretendían "salvar" su espíritu de las "malas" influencias que soportaba con aquellos erráticos trabajos.

Todas sus reflexiones científicas se orientan a justificar y encontrar la explicación de la variabilidad de los organismos y las especies por la recombinación de las células a las que le otorgaba una base material. Para decirlo en un lenguaje con las categorías de nuestro tiempo, Gregor Mendel, investigaba las diferencias fenotípicas producidas por la combinatoria genética en el proceso reproductivo. Desde que Linné planteó la cuestión de sí por cruzamientos se originaban nuevas especies, se discutió mucho en la época de Mendel dicho asunto, sobre todo en las plantas de cultivo. Este tema era una de las preocupaciones centrales de este genio, pero desde un marco mucho más estricto y donde nuevamente se percibe la simplificación metodológica occaniana que constantemente empleaba. El mismo Mendel nos presenta este sesgo al principio de su tratado.

Nos comenta allí:

"[...]En realidad requiere cierto ánimo emprender un trabajo tan extenso, no obstante, hacerlo parece ser la única vía efectiva para alcanzar finalmente la solución de una cuestión de tanta importancia como es la relación con la historia de la evolución de los seres orgánicos."

El conoció de primera mano la obra de Darwin "El origen de las especies". También se familiarizó con los conceptos geológicos avanzados de su época, asumiendo la idea que la tierra se había constituido y originado a partir de una bola de gas con temperaturas muy elevadas. A este concepto precisamente lo define en uno de sus escritos como hipótesis, idea "[...]que a cada paso que la ciencia realiza gana en credibilidad".

Comenta Mendel textualmente:

"[...]Cuando la tierra a lo largo del tiempo consiguió las condiciones para la formación y supervivencia de la vida orgánica, aparecieron las primeras y más primitivas especies de plantas y animales." "Los períodos de formación de los organismos se vieron interrumpidos por catástrofes que hicieron peligrar su existencia y arruinaron una parte de ellos."

Algunas líneas más abajo prosigue:

"[...]La vida vegetal y animal se desarrolló cada vez con mayor riqueza, sus formas más antiguas desaparecieron, al menos en parte." "Las erupciones telúricas debieron espaciarse y situarse en regiones más localizadas, en la medida que la corteza terrestre ganaba grosor y consistencia." "Las formaciones volcánicas no han alcanzado todavía su final, en la medida que su fuego arde y su atmósfera se agita, no está cerrada su génesis."

En este tratado se ve como se encontraba alejado de la idea de un Dios creador, al menos de la manera simplista y directa como lo entendía por aquellos años su iglesia. Su compromiso con la ciencia y los descubrimientos de su época era profundo, pero esto le deja siempre en posición marginada no sólo frente a los suyos sino además con los pensadores de su época -es decir no hace lazo social consistente con ninguna "banda".

Formulaciones como "[...]desarrollo de la vida orgánica" o "[...]historia del desarrollo de las formas orgánicas" que aparecen textualmente escritas en su tratado de "Experimentos de hibridación en plantas" nos remite a las claras, a su forma de articular sus ideas, al marco intelectual en el que desplegaba su lógica; y al mismo tiempo nos revela que, este "genio perdido en su mundo", poseía unos conocimientos sobre evolución biológica, geología y otros conceptos científicos de plena actualidad.

Hay que tener en cuenta que el profesor de botánica de Mendel, el vienés Unger, defendía la concepción que el mundo vegetal y de la misma manera el mundo animal, se habían desarrollado a partir de seres unicelulares. Este profesor de botánica expuso sus teorías en diferentes escritos entre los años 1851 y 1853. Sus ideas fueron en su momento duramente atacadas desde círculos católicos y Mendel conocía perfectamente todos los pormenores de este gran debate.

Mendel se ocupó igualmente de la teoría de Darwin. Sobre esta base discutió intensamente entre los miembros de la Asociación de Investigadores de Brünn, por el año 1861. La lectura de la obra darwiniana Mendel la realizó en su traducción alemana. De sus notas al margen y de sus comentarios en público, era evidente que a todas luces se mostraba crítico sobre los puntos de vista de Darwin. Gregor Mendel aceptaba plenamente la evolución de las especies y el origen de estas según las ideas de Unger, pero era extremadamente contrario a las ideas darwinianas sobre el punto de la herencia y la variabilidad. Así, rechaza de plano, la aceptación que hacía Darwin sobre la herencia "lamarkista" -era dudoso que el ambiente pudiera influir en los caracteres hereditarios durante el origen de nuevas especies; también le resultaba harto cuestionable que fueran los más capacitados los encargados por "selección natural" de transmitir tales cambios. El más bien creía en una cuestión más relacionada por el azar, por el ensayo y error. El mismo cultivó plantas durante muchos años en ambientes muy diferentes sin notar efecto alguno sobre los caracteres hereditarios. Alguna razón, no ajeno a lo azaroso, debía producir modificaciones en el soporte material de la transmisión de los caracteres hereditarios. O, tal vez, una extraña combinación entre especies en algún momento específico. Sin embargo, más allá de esas especulaciones filosóficas y harto oscuras de demostrar, y que hoy sabemos que la ciencia vuelve a observar sin explicación alguna en los cambios de las patas de lagartos con relación al medio, él sí había encontrado una cierta clave en sus experimentos con plantas. Gregor Mendel pudo leer del propio Darwin:

"Las leyes que rigen la herencia nos son en gran parte desconocidas." "Nadie sabe porque la misma particularidad en diferentes individuos a veces se hereda y a

veces no, porque en un niño reaparece aquel o el otro carácter de la abuela o el abuelo, o de algún antepasado todavía más lejano; porque una singularidad se hereda de un sexo a los dos, o sólo a uno, etc."

Como la mayoría de sus contemporáneos, Charles Darwin permaneció con el concepto precientífico, y con las presunciones especulativas, sobre la herencia. Se hallaba sujeto a las categorías de su época.

En este terreno, por lo tanto, no pudo darle nada a Gregor Mendel, quien si investigó exactamente una fuente de la variabilidad fenotípica, como hemos indicado en la presentación de sus investigaciones y sus consecuentes leyes. El núcleo de la teoría evolutiva de Darwin, la selección natural como motor de la selección de los individuos sí fue aceptado por Mendel con las reservas antes enunciadas. De esta manera estaba más cerca él mismo de la biología moderna que muchos mendelistas de principios de siglo, que se mostraban muy escépticos sobre la teoría de Darwin.

Tras la lectura de su trabajo en 1865 fue acusado, desde su propio círculo y otros ambientes religiosos, de darwinista y librepensador. De esta manera, no es extraño que evitara pronunciarse en público sobre la evolución de los seres vivos, el darwinismo y sus hipótesis biológicas de la evolución de las especies.

Aparte del botánico ruso Ivan Feodorowitsch Shmalhausen, ninguno de los pocos biólogos contemporáneos que le leyeron, entendieron a Mendel.

En el año 1900 tres botánicos, Hugo de Vries (1848-1935), Carl Correns (1864-1933) y Erich von Tschermak-Seysengg (1871-1962), comunicaron que habían llegado a los mismos resultados que Mendel a través de experimentos propios. Así se confirmó y se dio a conocer el trabajo de Mendel, a la vez que empezó su póstumo reconocimiento.

El papel de Mendel en la historia de las ciencias no es fácil de concretar en una idea. No es en sentido estricto un precursor, pues en verdad éste es aquel que precede a sus contemporáneos, pero atado a las categorías de su época se detiene en el camino, que más tarde, otro retoma para finalizar lo que no fue acabado, pero si empezado. Mendel en cambio, creemos haberlo demostrado, llegó hasta el "final". Tampoco fue un fundador, pues estos nunca terminan siendo totalmente ignorados como ocurrió con su discurso.

A falta de una "categoría aceptable", tendremos que conformarnos con una imagen y decir, que con la obra de este genio ocurre como con un niño prematuro que se le deja morir pues el medio no está preparado para recibirle.

Su discurso fue forcluido en su totalidad, nada había en el discurso social y científico de su época predispuesto para que su palabra pudiese ser tenida en cuenta. Muchos discursos intermediarios faltaban para que el suyo propio pudiera ser escuchado.

La reparación a ese olvido, a esa forclusión discursiva, adviene en el 1900 cuando Gregor Mendel es honrado como fundador de la genética, cuya historia empieza entonces.

Para finalizar un último comentario. Gregor Mendel fue un hombre de muchas intuiciones, tanto es así, que una vez conocida la obra de Charles Darwin vio claramente que faltaba "algo más" para entender el rompecabezas de la variabilidad genética tanto ínter como itraespecífica, pues el sólo descubrimiento de la recombinación por él descubierto no le bastaba. Esta era la talla intelectual de este hombre.

*Se cierra esta tercera parte del tema "La Sublimación" con la colaboración científica del biólogo Antoni Figueres, del que hemos seguido su tesis sobre Gregor Mendel; certera ejemplificación de los mecanismos intrínsecos no solo en el nacimiento de la genética sino además de los procesos sublimatorios que juegan en la creatividad humana, siendo nuestra la responsabilidad de los cambios introducidos, del redactado final y sus rearticulaciones . Hugo Monteverde.